

BASILIO BERNARDEZ GOMEZ

ROSALIA DE CASTRO

y

SU OBRA POETICA



MEXICO, D. F.

MCML



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ROSALIA DE CASTRO
Y
SU OBRA POÉTICA

«Causa tristeza y asombro el notar la estulta y obstinada incomprensión de la crítica española moderna con relación a uno de los más delicados, de los más intensos, de los más originales poetas que ha producido España.

AZORÍN
(El paisaje de España visto por los españoles).

Santiago: nacimiento romántico.

En Santiago de Compostela, la ciudad más castellana de Galicia, nace Rosalía de Castro, un día del mes de febrero de 1837, y es bautizada en la capilla del Gran Hospital Real, de Santiago. Fué un 23 de febrero cuando uno de los médicos internos del Hospital, el Dr. Varela Montes, recibió una misiva urgente de parte de doña Teresa Castro Abadía, antigua amistad de su familia. Respondiendo al ruego que la misiva encerraba y a pesar de ser algo tarde —ya el administrador había dado orden de cerrar el “portón” de dicho Hospital—, el Dr. Varela, fundador de la escuela de Medicina Compostelana, gestionó y consiguió el permiso del canónigo don Nicolás López Ballesteros, en aquel entonces administrador de la institución, y salió a la calle.

Era una noche del invierno compostelano, en que cuando no diluvia, llueve de una manera inexorable, alternándose la lluvia gruesa con esa inacabable llovizna, denominada allá “calabobos”, y aquí, en el valle y ciudad de Orizaba, con el pintoresco nombre de “chibichipi”; efectivamente, este modo de caer agua intermitentemente, tiene mucho de parecido en ambos casos y si contempláramos el valle desde las cumbres del Acutzingo, notaremos que tiene una induda-

le semejanza con el de la vega compostelana, sobre todo en la parte que, desde Santiago, mira hacia Pontevedra, donde destacan las arboledas de Conjo y los fértiles campos de Vidán. Tienen los valles una serie de parcelas cultivadas por la mano del hombre, que a distancia nos parecen jardines, y de cerca no desmerecen en nada, ya que el efecto artístico del verde amarillento —verde tropical— aquí, y el verde oscuro —verde de clima templado— allá, se combinan suavemente al través del cendal delicado de la lluvia persistente.

Con esta lluvia, y mientras un criado alumbraba con su farol el camino, regresa a las tres de la madrugada el Dr. Varela a la capilla del Hospital, con una niña envuelta hasta la cabeza, para resguardarla del frío y del agua; allí le esperan el capellán y una aldeana, que previamente han sido advertidos. Se bautiza a la niña con el nombre de

MARIA ROSALIA RITA

El certificado de nacimiento, dice:

María Rosalía	En veinte y cuatro de febrero de mil ochocientos treinta y seis, María Francisca Martínez, vecina de D. Juan del Campo, fué madrina de una niña, que bauticé solemnemente y puse los santos óleos, llamándola María Rosalía Rita, hija de padres incognitos, cuya niña llevó la madrina, y va sin número por no haber pasado a la inclusa, y que así conste, lo firmo.
Rita	
No entró en la inclusa	

José Vicente Varela (Rúbrica).

Como se ve, en una noche negra, tenebrosa y húmeda, vió la luz primera nuestra poetisa, hija de padres desconocidos, mejor dicho, de padre, ya que, pasando el tiempo la reclamará a su lado la madre: doña Teresa Castro Abadía.

Puede asegurarse, pues, sin miedo a equivocación alguna, ya que en ello coinciden la mayoría de los biógrafos de Rosalía, que nuestra escritora nace el 23 de febrero de 1837, en la noche, y que pocas horas después se la lleva el Dr. Varela para bautizarla, caída la media noche. Por un error, el sacerdote puso en el acta de nacimiento el año de 1836, pero como en algunas partidas anteriores y en otras posteriores figura el año de 1837, es de suponerse que,

por ser principio de año, el cura sufriera una explicable equivocación.

Así, Rosalía entra a bautizarse una noche por la magnífica y bella puerta del Gran Hospital Real, de estilo renacentista español. Es realmente simbólico, algo como un misterioso augurio, este atravesar, en las primeras horas de su vida, tan magnífica joya de la arquitectura hispana.

Negra era, pues, la noche en que nació Rosalía. También la literatura gallega se hallaba envuelta en tinieblas seculares, tan sólo horadadas por algún que otro destello de luz, como en las grandes tormentas, que no hacía más que acentuar el contraste.

Al lado de su madrina, María Francisca Martínez, la cual, según parece —aunque no se sepa a ciencia cierta—, estaba ligada a la familia del padre, transcurren los primeros años de Rosalía, en Ortuña (La Mahia). Con ella vive hasta la edad de ocho o diez años, en que pasa a la casa solariega de los Castro, cerca de Padrón, donde recibe los primeros cariños maternos, alegrando con sus risas infantiles las penas tan amargas de doña Teresa Castro Abadía.

Padrón: influencias célticas.

Pasa unas temporadas en Padrón, en la casa “La Matanza” —que así era llamado el hogar en que vivió Rosalía—, la cual, como *una pombiña branca*, se divisa a un lado de la estación, toda de blanco pintada, contrastando su albor con las manchas verdes de las ventanas y las tejas ya ennegrecidas por el tiempo y por la lluvia, que miran a un cielo plomizo en los días de lluvia y de tormenta *do natal* (invierno). Rodea a “La Matanza” un huerto, lleno de árboles muy verdes, sobre el que destaca la blancura inmaculada de la fachada. El jardín nos lo describe, con su ágil pluma, Augusto Cortina:

“... Surgen, de entre el maizal, pomposas dalias; se abren las humildes buenasnoches, ostenta un naranjo su austero verdor, y, junto a las gradas que conducen a la triste vivienda, sobre el lado izquierdo, hay un rosal. Pero el secreto, es decir, el alma del jardinillo, no está allí. El alma y el secreto, la íntima evocación de Rosalía, se logra en la glorieta, que hay entre la verja y la fachada.

Allí solía escribir la autora de “Cantares Gallegos”. Junto a la mesa, dos bancos; el uno rectangular, amplio, parece ofrecerse al visitante más o menos importuno; el otro, pequeñito, con respaldo, recostado en las enredaderas y frente a la luz, era el preferido de Rosalía”.

En el frontis de la casa, hay una lápida con la siguiente inscripción:

“En esta casa vivió, y en ella murió a 15 de julio de 1885 la poetisa popular, honra de Galicia, Rosalía de Castro. Nacida en Santiago el 23 de Febrero de 1837”.

Padrón es una de las ciudades más antiguas de Galicia, fundada en tiempos de los romanos y conocida en aquel entonces con el nombre de Iria Flavia. Su leyenda es bastante curiosa: se dice que fué allí donde la barca de piedra que conducía el cadáver del Apóstol Sant Iago —Santiago el Mayor—, atracó milagrosamente en el “Arenal de la Barca”, amarrándose a un “pedrón”. De ahí deriva su nombre.

Esta famosa piedra estuvo a punto de ser deshecha por los peregrinos, que se llevaban pedacitos para guardarlos como reliquias. Unos pescadores, al ver que su tamaño disminuía año con año, la echaron al mar, de donde fué rescatada, conservándose ahora debajo del altar mayor de la Colegiata de Santa María.

Iria Flavia, obligado camino a Santiago de Compostela, era el último punto en donde paraban los peregrinos, antes de su entrada a la ciudad episcopal. Se puede decir que constituye la última estación antes de terminar la Vía Láctea, conocida antiguamente con el nombre de “Camino de Santiago”.

Pocos son los monumentos que aun le quedan a Padrón. Cuéntanse, entre ellos, las famosas *Torres d'Oeste*, construídas por Crescencio para defender la ciudad, y en las que se dice vivió el ilustre Obispo Gelmírez; la *Colegiata de Santa María*, que tantos recuerdos tiene para Rosalía...

Pero dejemos que ella nos describa esta ciudad a la que tanto amó:

“Así como hay rostros cuya gracia ningún artista puede copiar, existen viviendas y lugares cuya belleza ninguna pluma es capaz de describir, una vez que su encanto, no está en las preciosi-

dades artísticas de que carecen, ni en la riqueza de su mobiliario, que ha desaparecido bajo el diente destructor de la polilla, sino en la luz que reciben del cielo, en el ambiente que las rodea y en la salubridad del clima...

Nada hay en verdad que llame la atención del curioso en esta antiquísima villa; ningún monumento, desde que la notable iglesia gótica ha sido demolida, tiene cosa de notable, como no sea, por su antigüedad y recuerdos la Colegiata de Santa María, por la cual sentimos un afecto entrañable; sin embargo, merecía bien que, a pesar de esto, viniese a sentarse en tan delicioso paraje una ciudad populosa como aquélla, que dejó en la Historia recuerdos que los siglos que pasaron no han podido borrar todavía". (1)

En Padrón, como en todas las ciudades de Galicia, se nota, mejor dicho, se *siente*, la influencia celta, a pesar de que no pueda verse a primera vista, ni aun quizá después de un concienzudo examen; porque si bien sabemos que poblaron los celtas la tierra gallega y dejaron algunas ruinas, como por ejemplo el "castro", en el monte de Santa Tecla (restos que quedan de una especie de fuerte, en donde se cree se guarecían gentes y ganado en caso de ataques de otras tribus), no es menos cierto que se latinizaron muy pronto y por completo.

Sin embargo, le queda ese algo que dejan las razas cuando se entremezclan y se funden íntimamente con la tierra. Un inglés llamó a los españoles mestizos de doce razas; ello es cierto si se acepta que han heredado de cada una de ellas una cualidad distinta; por ejemplo, del judío cierto sabor de tristeza milenaria, añeja; del celta, esa *malencunía* y ese sentido vago de la muerte, que le hará exclamar a Rosalía

"Teño medo de unha cousa,
que vive e que non se ve" (2)

y que hace creer al gallego en meigas, en trasgos, en ciudades desaparecidas, y en otros extravíos líricos de la imaginación exaltada.

(1) ROSALÍA DE CASTRO, *Obras completas*, M. Aguilar Ed. (Madrid, 1944), p. XXVI.

(2) *Follas novas*, en *Obras completas*, p. 203.

Así, también, apoyada en la leyenda, nos cuenta Rosalía que Iria Flavia desapareció tragada por el mar y que cerca del mismo sitio se levantó la ciudad que hoy lleva el nombre de Padrón. Y nos lo describe, con su estilo inigualable:

“¿Cómo desapareció? Cuéntase —y para el caso no deja de tener su importancia la tradición— que una terrible inundación la sepultó bajo sus aguas para siempre. Aún recordamos que siendo niñas, en una pequeña laguna, hoy cegada y que existía en la vega de Iria, pretendían hacernos ver en su fondo cenagoso las puntas de una torre que, según las leyendas, pertenecía a la ciudad que allí yacía sumergida. . .” (1)

La vega de Padrón se halla surcada por dos rios, que además de embellecedora, la riegan, haciendo que sus prados estén siempre verdes. Uno, el de más caudal, es el Ulla, y el otro el Sar, que, con su pequeño afluente el Sarela, tanto ha inspirado a Rosalía.

Así, esta vega preciosa e íntima es, como su villa, escenario de señalados hechos. Primero, contempla los amores *d'o Namorado Macías*; más tarde, Roma y el Cristianismo dejan su honda e indeleble huella. Y es esta misma vega la que presencia los estertores de la primera literatura lírica española —la galaica—, con la desaparición de Juan Rodríguez de la Cámara o de Padrón, y del *Enamorado Macías*, a cuya muerte sucede una época de oscuridad casi absoluta, apenas rota por algún que otro poeta.

Tres siglos después, Padrón será otra vez la cuna del renacimiento de la lírica gallega, con Rosalía de Castro, la inmortal poetisa.

Primeros versos.

Rosalía hizo sus primeros versos, algunos de los cuales llegaron a leerse en Santiago, a la edad de 11 años, pero luego los destruyó. Este desarrollo intelectual prematuro, corre parejo con su desarrollo físico, según afirman algunos biógrafos, entre ellos González Besada, que al referirse a ello, escribe:

(1) *Obras completas*, p. XXVI.

“No bien niña, se encontró ya mujer, más que por el desarrollo físico —a los diez años era completo—, por el sufrimiento y el dolor”.

No tenemos ningún retrato de la poetisa en esta época, ya que sólo se conserva uno de su madurez. Sin embargo, anotaré lo que González Besada nos dice de ella:

“En reposo, su expresión era melancólica; mas cuando hablaba, sus ojos cobraban singular belleza, cual si se agrandaran, merced a lo frondoso de sus pestañas y al primoroso esmalte de la córnea, que resaltaba luminoso y blanco sobre la profunda negrura del iris...” (1)

Azorín, el hombre y el escritor que más se ha fijado en estos pequeños detalles que hacen que la vida resulte amable y grata, nos dice de Rosalía:

“Al contemplar su retrato, los que no la conocimos nos figuramos una mujer sensitiva y melancólica. Tiene el poeta unos ojos expresivos; su boca es grande; unos rizos caen sobre la frente, y en el gesto, en la inclinación de la cabeza, en la mirada, en las comisuras de la boca, flota un ambiente de resignación, de tristeza, de anhelo insatisfecho”.

V. García Martí, nos cuenta que era “modesta, afable, enemiga de brillar, pero fuerte y enérgica para todo infortunio y para toda injusticia”. (2)

Así, con este trazado de su carácter, hemos de comprender algunas de sus poesías, que don Miguel de Unamuno combate y don José Martínez Ruíz (*Azorín*) comprende y, por lo tanto, disculpa.

Nos dice la misma Rosalía, que su educación corrió pareja a la de cualquiera de las aldeanas de su tierra. Sin embargo, no la podemos creer al pie de la letra, pues a pesar de que la educación femenina de esa época, en cualquiera de las provincias de España, dejaba mucho que desear, sabemos que conocía un poco de francés —lo leía y lo traducía—, de dibujo (3) y de música. Parece ser

(1) *A. González Besada, Rosalía Castro*, V. Rico (Madrid, 1916), pp. 34-35

(2) *V. García Martí, Prólogo a las Obras completas* de Rosalía de Castro (Madrid, 1944), p. XL.

(3) Fué maestra de su propio hijo, Octavio, notable paisajista, que murió muy joven, poco después de Rosalía.

que, en su infancia, una criada, apodada *La Choiña*, ejerció una influencia muy grande sobre ella y le enseñó muchas canciones gallegas, que con su gran disposición musical aprendió enseguida. Era tal su facilidad para la música, que Manuel Murguía nos dice que, de haberse dedicado a ella, Rosalía hubiera sido tan buena compositora como lo fué escritora.

Sabemos, también, que tenía una excelente disposición para el teatro. Noticias fidedignas de la época nos indican que tomó parte en una velada teatral de aficionados, en la que se representó *Rosamunda* de Gil y Zárate, con tal éxito, que los asistentes la aclamaron y la acompañaron hasta su casa, en medio de aplausos delirantes.

Por esta misma época el carácter de Rosalía, antes alegre y vivaracho ⁽¹⁾, sufre una transformación muy grande que ha de reflejarse lo mismo en su vida que en su obra poética. Sus biógrafos difieren, sin embargo, sobre la edad en que dicha transformación tuvo lugar. Unos suponen que sucedió entre los diez y doce años; otros —González Besada entre ellos—, creen que fué a la muerte de su madre, cuando ésta, sintiendo que le llegaba su próximo fin, le habló de su origen, según ellos hasta entonces ignorado. Sin embargo, doña Teresa Castro Abadía murió después de haberse casado Rosalía, y cuando ésta había ya vencido dicha crisis. Algunos escritores creen que el cambio de carácter, de alegre a serio y meditabundo, tuvo lugar alrededor de los quince años. Me inclino por este último criterio, ya que es en la edad florida cuando surgen, generalmente, en la vida femenina, toda una serie de transformaciones orgánicas, susceptibles, con algún estímulo, de imprimir a la vida un dejo de tristeza y amargura. Además, es en esta edad cuando las sensaciones causan en las mujeres huellas más profundas.

Hay otro grupo —entre los que destaca V. García Martí—, que creen que esta transformación se verifica en tres etapas: empieza a los diez o doce años, se agudiza a los quince o dieciséis, y se completa con las revelaciones de su madre.

El estímulo o causa por la cual sufre Rosalía este cambio, se ignora totalmente. Besada, García Martí y otros, creen que ocurriría

(1) Sánchez Rivera, en un artículo del "Correo Gallego", así nos lo dice. Asegura habérselo contado una centenaria, amiga de Rosalía.

al tener noticia de las circunstancias que rodearon su nacimiento. Dice a este respecto, V. García Martí:

“Es muy natural que, a medida de su crecimiento, siendo, por otra parte, niña muy precoz, fuese advirtiendo la ausencia en su hogar del cariño, de las voces de la autoridad paterna. Por el momento no sería más que esto. Más tarde sería además, el conocimiento cada vez más claro del motivo de esta ausencia, y, por último la grave circunstancia del carácter de aquella figura”. Hace aquí una pequeña aclaración en un apartado: “. . . Que el padre de Rosalía —según personas autorizadas— fué seminarista, y que sólo por dificultades de desigualdad inexplicables para celebrar matrimonio se hizo sacerdote.” Por estas tres fases ha debido de pasar el espíritu (de Rosalía), y quizá, como dice Besada, la última, completa y definitiva revelación estaría reservada a la madre en instantes tan solemnes como los que precedieron a su muerte. Pero es indudable que el secreto fué descubriéndolo por sí misma.

. . . Todo ello explica también, de otra parte, la exaltación del cariño por su madre, en quien concentra todo su amor filial y a quien dedicará más tarde, pero todavía en su juventud, un pequeño libro, del cual se hizo sólo una corta tirada (nada más cincuenta ejemplares), titulado *A mi madre*". (1)

Evidentemente, esto debió influir en su actitud frente a la vida, pero no como la causa principal ni a tan largo plazo. Puede ser que alguna amiga íntima, o quizá alguna otra persona, con intenciones desconocidas se lo dijera, bien con el propósito de hacerle un favor, o con el ánimo avieso de mortificarla. Lo cierto es que ella ya sabía esto cuando fué a Madrid, posiblemente por su partida de nacimiento, o por las razones anteriormente señaladas, puesto que en el acta de matrimonio figura como hija natural de doña Teresa Castro Abadía.

Dije líneas antes que, a mi parecer, fué otra la causa. ¿Cuál? No la sé; pero encuentro muy débiles las razones que nos da Besada y a las cuales se aferran V. García Martí y otros biógrafos de Rosalía.

(1) V. GARCIA MARTI, *ibid.*, pp. XLIII-XLIV.

¿Por qué no creo que sea ésta la causa principal? Por varias razones que saltan a la vista, además de las que enseguida voy a exponer.

Si hubiera sucedido en Castilla, con el *modo seco y algo rudo* del ibero recio, abuelo del castellano (Unamuno), se comprendería; pero no así en Galicia, quizá porque la rodea el mar, que siempre trae una manera de sentir y de vivir más amplia, menos concisa en sus pequñeces, un trato humano más cordial y una eliminación de los rencores que almacena la tierra adentro, carcelera de horizontes, a veces cortados por la montaña, a veces perdidos en la invariable llanura, que intravierte a sus habitantes y no da más salida a sus pasiones que la de su propio pecho. No en Galicia, repito, tierra de celtas, valientes como el ibero, andarines del mar y portadores de una cultura cosmopolita, adquirida, acá y allá, en sus largos viajes y que llevaban prendido en su pecho un dilatado gusto de vivir.

Tenían los celtas, para su diversión y holganza, *mimos* alegres y extravertidos, de los que tenemos noticias por algunos escritos franceses antiguos; sobre sus huellas, siglos más tarde, caminarían los peregrinos a Santiago de Compostela, para libertarse de sus faltas ante el Apóstol Santiago, y salir con el alma limpia como María Magdalena, la Santa pecadora, pero sin perder por ello su alegría trashumante. Son poco propicios, pues, los motivos raciales y ambientales para justificar, en la forma en que sus biógrafos pretenden, el cambio súbito en el carácter de Rosalía.

Con esto queda explicado, hasta cierto punto, por qué no creo que su oscuro nacimiento sea la causa principal de dicha transformación. Pero aun hay más: no se comprende que en un pueblo abierto como el gallego, que si lamenta ciertas faltas, posee, también, suficiente cultura para comprenderlas y, por lo mismo, perdonarlas, una tan extraordinaria mujer como Rosalía pudiera reaccionar de esta forma. Todo esto unido a que el paso de la alegría a la tristeza no fué lento y paulatino, sino que tuvo lugar en un corto periodo de tiempo, no superior a tres años, según conceden la mayoría de sus biógrafos, servirá de motivo para reafirmar nuestra posición.

¿Cual fué entonces la causa probable? Por hoy no es posible contestar esta pregunta. En la vida de Rosalía, este interrogante

constituye un paréntesis que la envuelve con un halo misterioso y poético. Con una interpretación romántica, podría aventurarse que quizá el fracaso de algún amor primicio fuera el responsable.

Dice Unamuno que el echarse a fraguar hipótesis tiene siempre una ventaja: “si no se confirman, mueven por lo menos a contradicción, y, contradiciéndolas, es fácil encontrar el camino de la verdad”.

La hipótesis que idearon sus biógrafos se desvanece, también, si consideramos el espíritu tan católico de Rosalía y su carácter tan peculiar, que la hacían ser altiva y erguirse contra toda injusticia. ¡Como no iba a rebelarse contra el entredicho! Pero supo guardar tan dentro de sí su secreto, que, no obstante asomar esta pena, nadie ha sido capaz de penetrar la “Negda sombra que tanto m’ asombra”.

Los grandes secretos son siempre llevados a la tumba. Quizá por esto, Rosalía, que ansiaba olvidar, creyó que la muerte era el único medio capaz de libertarla:

las aguas del olvido, que es de la muerte hermano. (1)

Pero dejemos ya esta pena, que tanto atormentó a la poetisa, y que la acompañó toda su vida, por ser impenetrable misterio; no en balde escribió Unamundo que “son enigmáticos y misteriosos los rasgos distintivos del carácter gallego”.

Rasgos políticos de la época.

En 1856, Rosalía hace su entrada en la capital española para intervenir en un pleito familiar pendiente —cosa muy corriente en la gran familia gallega— y, según varios autores, para tratar de abrirse paso en el teatro. Fué en la villa “del oso y del madroño” donde contrajo nupcias con don Manuel Murguía.

El romanticismo, por su idealismo, produjo en casi todas las provincias de España una serie de alzamientos de tipo liberal y federalista. En Cataluña, Vasconia, Castilla, Valencia, etc., el pueblo se rebelaba contra la tiranía ejercida por los pésimos gobiernos monárquicos. En la capital también se sucedían, con bastante regularidad, motines y alzamientos militares. En uno de tantos motines,

(1) *En las orillas del Sar, en Obras completas, p. 382.*

Rosalía, asomada a un balcón, estuvo a punto de ser víctima del tiroteo; en otro, en que se pretendía tomar el Palacio Real, donde halló la muerte el general León, contemplaba otra célebre mujer gallega, en toda su amplitud, esta tragedia, que luego nos relatará en sus memorias. Esta mujer es la viuda del general Espoz y Mina, doña Juana de la Vega, que desempeñaba el delicado puesto de haya de la reina y de la infanta Luisa Fernanda, en un época histórica muy difícil.

Juana de la Vega, Concepción Arenal, Rosalía de Castro y la Condesa de Pardo Bazán, todas ellas de la provincia de la Coruña, nacidas con una diferencia aproximada de 15 años, representan cada una y en conjunto, los valores más firmes de la literatura gallega y castellana de la época. Juana de la Vega y Concepción Arenal se dedicaron a la sociología, llevando muy en alto el valor intelectual y moral; la primera educa a la reina y nos deja, a su muerte, unas memorias de extraordinario interés; la segunda, Concepción Arenal, lucha por todas las causas justas, propone una modificación en el código penal y, luego, propugna por un régimen carcelario humano y por la regeneración de los presos, combatiendo la tradicional crueldad de las cárceles monárquicas españolas.

Las otras dos, Rosalía de Castro y doña Emilia Pardo Bazán, entran de lleno en la Literatura; en torno a una de ellas, la mejor poetisa gallega, versa esta tesis; de la otra, ampliamente conocida en el mundo del arte, citaremos algunas de sus producciones: *Cuentos de mi tierra, La Sirena negra, San Francisco de Asís, etc.*

En Galicia, en 1846, prevalece una situación parecida a la del resto de España, empero, como en Cataluña, con un sentido federal y, desde luego, liberal. El romanticismo, como se sabe, tiene en el mundo entero un sentido idealista y liberal: en México por ejemplo, produjo la Independencia en la historia y a Altamirano en la literatura; en Francia dió origen a la toma de la Bastilla; así, también, en Galicia conduce a una insurrección civil y militar alentada por el grito de "¡Viva la reina libre!" (1), que, en realidad, contenía diferentes sentidos de rebelión, ya que mientras unos, los civiles, sentían y querían un estatuto federal para Galicia (2), otros, los

(1) Querían casar a Isabel II con un príncipe extranjero.

(2) En esta época estaba prohibido hablar y escribir en gallego.

militares, reivindicaban asuntos de su jurisdicción, y todos ellos pedían la disminución de impuestos y se oponían a algunas concesiones que proyectaba dar el gobierno.

La junta de la Revolución fué presidida por don Vicente Alsina, al que secundaban los estudiantes Antonio Romaro Ortiz y Antonio Faraldo; como jefe militar fungía el general Solís, quien pensó que el mejor punto para levantarse era Lugo, sitio en donde efectivamente, empezó el alzamiento, siguiendo Santiago y, luego, Vigo. En Vigo debía levantarse el general Rubín, pero a últimas fechas, y a pesar de hallarse comprometido en el complot, traicionó a sus amigos y huyó a Portugal.

El general que combatió a los insurrectos fué don José de la Concha, que hizo prisioneros al general Solís y a otros jefes de la rebelión y los fusiló en el pueblo de Carral, cercano a Santiago, previo consejo sumarísimo de guerra. Este alzamiento fué incubado al calor de los aires de libertad que de Francia habían llegado, después de la Revolución que marca una nueva etapa en la historia. Pero la sangre derramada no se perdió en balde, ya que Galicia, de espíritu independiente por tradición, se afilió de lleno a los ideales de libertad cristalizados en un sueño republicano.

Al estudiar esta época corroboramos, pues, que con las ideas románticas, consecuencia de la revolución francesa, se abre una etapa de agitación, en que las ideas de libertad, de justicia, unidas a un deseo de mejoramiento cultural, se mezclan en un todo homogéneo; en realidad, lo que se manifiesta dramáticamente, es la esencia misma del romanticismo, el querer encontrar otra manera de pensar, otra forma de vivir, latente pero inasible, que conduce a actitudes trágicas, a un dolor incontenible, desesperado, como el que empuja a la muerte a Larra y Acuña.

Así no es de extrañar que en España hubiera motines e insurrecciones. ¿Cuál es la diferencia entre unos y otras? Según Lafayette, la insurrección es el más santo de los deberes y el motín el más fatal de los atentados; según Victor Hugo, “en la generalidad de los casos, el motín sale de un hecho material; la insurrección es un fenómeno natural. La insurrección confina con la cabeza; el motín con el estómago” (1).

(1) VICTOR HUGO, *Los miserables*, Ed. Tor (Buenos Aires, 1945), II, 154.

El levantamiento de Galicia es una insurrección; una insurrección vencida, pero que trae una serie de libertades, a pesar de los fusilamientos de Carral, o mejor dicho, quizá a causa de ellos, ya que, a partir de entonces, se permite hablar y escribir en Gallego, además de conseguirse una serie de mejoras materiales y morales.

Rosalía se nutre de esta época, en que toda la juventud encauza su derrotero por el sendero literario de protesta. Se puede decir que quien lo inicia es Aurelio Aguirre, joven estudiante de la Universidad Compostelana, culminando con el famoso banquete de Conjo, organizado por él y que estuvo a punto de costarle el destierro. En dicho banquete, convivialidad obrero-estudiantil, pronunció un famoso brindis Aguirre; como final, desfilaron los asistentes por las calles de Santiago, cada estudiante del brazo de un obrero. Todos trabajan y miran por Galicia incomprendida dentro y fuera de España.

Sin embargo, el amor por el terruño tiene una proyección generosa, peninsular. Rosalía, después de escribir sus poemas en gallego, mejor dicho, después de publicar "Cantares Gallegos" y "Follas Novas", nos dice:

"Pagada ya la deuda en que me parecía estar con mi tierra, es difícil que vuelva a escribir más versos en lengua materna".

Rasgos literarios de la época.

Veamos ahora qué pasa literariamente en el resto de España, mientras acabamos de perfilar el panorama gallego.

En el mismo mes y año en que nace Rosalía se suicida, en Madrid, M. J. de Larra y en su entierro se da a conocer Zorrilla, con unas composiciones poéticas que lee en el momento de bajar el cadáver a su última morada. Poco después, en 1842, muere José de Espronceda. Rosalía ve la luz en pleno ambiente romántico.

Con el regreso a España —después de su destierro— del Duque de Rivas, don Angel Saavedra Ramírez de Baquedano, se fundan una serie de centros literarios, el primero de los cuales, del que fué presidente, se llama "Ateneo y Liceo de Madrid". Estos centros literarios se difunden por toda España; Galicia no escapa a este movimiento y se inaguran Ateneos en Coruña, Vigo, Pontevedra, Santiago de Compostela, etc. El de Santiago, que es el que más nos interesa, era conocido con el nombre de "Liceo de San Agustín" y

fué fundado en el antiguo cuartel de Compostela. A él asistieron todos los poetas, literatos, estudiantes, etc., de la época. Su alma fué en un principio Aurelio Aguirre y, más adelante, Rosalía, que recitó en su local algunas de sus mejores poesías.

El romanticismo es a la vez un movimiento revolucionario, que abarca desde la política hasta las letras, y una valoración nueva de actitudes y paisajes. Se ha dicho que hay naciones clásicas y naciones románticas, con períodos alternos en la historia. Así, entre las naciones clásicas se pueden citar a Italia y Francia, y entre las románticas a Alemania, España, etc.

Una de las características del romanticismo es la vuelta al pasado, sobre todo a la Edad Media; pues bien, España conservaba y cultivaba aún el romance y la tradición épica, como lo demuestra la "Raquel", de Huerta, quizá el mejor drama del siglo XVIII. Sin embargo, el romanticismo como corriente literaria nos viene de afuera, siguiendo dos corrientes de penetración, con características distintas: una que entra por el sur, en torno a las Cortes de Cádiz, y cuyo epicentro será Madrid; la otra que se asienta en el noreste, en Cataluña, y a la que se acogen los poetas catalanes, aragoneses y valencianos, cuya capital espiritual será Barcelona.

Estas dos corrientes literarias siguen persistiendo en pleno romanticismo e influyen sobre los diferentes autores de la época: en Cataluña, por ejemplo, según Allison Peers, Diaz-Plaja y otros críticos, se traduce profusamente a Walter Scott y a Chateaubriand, que constituirán verdaderos modelos para los poetas de esta escuela; en el sur se manifiesta un sentido de rebeldía, consecuencia del romanticismo liberal, y sus modelos son Victor Hugo, Byron y Dumas. Los poetas más representativos de este grupo son Espronceda y el Duque de Rivas. El romanticismo se caracteriza por su sentido netamente europeo.

En esta época, y como reacción contra ella, surge otra forma en que el romanticismo es completamente nacional, cuyo principal exponente es don José Zorrilla, y que derivará hacia un romanticismo regional, como ocurre en Cataluña con Victor Balaguer y en Galicia con la insurrección en el campo político —que ya hemos reseñado—, y con Rosalía de Castro y Manuel Curros Enríquez en el literario. Esta forma de romanticismo abocará a un verdadero y auténtico

género español: la novela de costumbres, en que ha de destacar el santanderino don José María de Pereda.

Surge Rosalía a la vida literaria, ya a fines de esta segunda época, en el post-romanticismo, y su espíritu hipersensible, su intensa vida interior —que muy pocos poetas han igualado— ante el espectáculo de los fusilamientos de Carral y de las crudas jornadas de San Martín y de Cacheiras, aunado a la adversión que, dentro y fuera de España, se sentía por los gallegos, hicieron que compusiera sus versos en su idioma natal. Cumplido este compromiso consigo misma, empieza Rosalía a escribir en castellano y ya nunca más, en el resto de su vida, usará otro idioma para su producción literaria. ¿Habrà comprendido en toda su plenitud, desde “En las orillas del Sar”, la gran tragedia de España?

Aurelio Aguirre.

En Santiago de Compostela, Rosalía de Castro conoció, en el Liceo de San Agustín, al joven estudiante de Derecho, pintor y poeta, Aurelio Aguirre, con el que hizo una profunda amistad. Aguirre era, así mismo, amigo íntimo de Manuel Murguía, del que había sido condiscípulo. Se dice que Aurelio leyó una de sus poesías a Rosalía y que ésta le llamó la atención sobre un verso defectuoso, por lo que Aguirre se dió cuenta de sus extraordinarias aptitudes poéticas. El la encaminó en los primeros pasos y la empujó y alentó como poeta. Quizá fué éste, también, uno de los factores que, unido a los ya citados, influyera en su decisión de escribir en gallego; así mismo es posible que fuera su mentor quién, incorporado a las corrientes literarias en boga, condujera a Rosalía hacia el romanticismo. Hay que tener presente que Aguirre fué el poeta romántico más popular de su tiempo, no sólo en Santiago, sino en toda Galicia. Su poesía la recitaban obreros y artesanos, y así logró penetrar hondo en el corazón de su pueblo. A esta popularidad contribuyó la leyenda de su vida, de un constante apostolado romántico. Se cuenta, por ejemplo, que en cierta ocasión, redimió a una ramera, a la que enseñó a leer y escribir e inició en el campo de las letras. Ello nos da una idea de la contextura moral de Aguirre y de su profundo contenido idealista. Tan vigoroso es el perfil de su personalidad, que resulta imposible olvidarlo jamás, una vez conocido.

Nunca como ahora, nos ha parecido tan justa la descripción que, del poeta, nos ha dejado Alfredo Vicente:

“Nació Aguirre en Santiago, en el mismo año en que Murguía, a punto que comenzaba la primera guerra civil en las Vascongadas, de donde era oriundo, pálido, de ojos hundidos, envuelto siempre en la legendaria esclavina, y con un aspecto tan característico que, visto una vez, no había manera de olvidarle”.

No es, pues, extraño que, si este hombre ha sido el que ha guiado los primeros pasos de nuestro poeta, continuara influyendo posteriormente en el resto de su poesía. Quizá, también, la iniciara él en el divino arte de Goya.

No hay duda de que a la amplia cultura artística de Rosalía debemos, en gran parte, esas descripciones tan bellas, vagas y melódicas de los montes y mares de Galicia, que son verdaderas pinturas de esta tierra melancólica y entrañable.

Manuel Murguía.

Manuel Murguía, según propio testimonio, conoció a Rosalía en Madrid, a donde ésta había ido, como ya dijimos, para arreglar unos asuntos familiares. Seguramente se encontrarían —así al menos lo da él a entender y nos lo confirma Cotarelo— en el “Museo Universal”, del que eran colaboradores.

En el año de 1857, publicó Rosalía su primer libro de poesías, que lleva por título *La Flor*. Manuel Murguía, que ya en aquel entonces empezaba a cimentar su fama en España, dedicóle un artículo crítico desde las columnas de la “Iberia”. Sin embargo, este primer libro no llamó mucho la atención de los poetas de la época, como tampoco la llamarían los demás poemas castellanos de Rosalía. Tendrían que pasar muchos años, sobrevenir la muerte y llegar hasta la generación del 98, para que la fama empezara a hacerla justicia.

En Madrid conoció también, Rosalía, a algunos poetas, entre ellos a Ruiz de Aguilera —al que dedicará una poesía—, a Eduardo Chao, Roberto Robet, etc., así como al círculo de amigos de Murguía, al que, según González Besada, pertenecía Bécquer.

Desde luego, un espíritu introvertido como el de Rosalía, tan alejado de la más mínima sospecha de presunción, tenía que ser re-

fractario a todo exhibicionismo; probablemente no erremos al suponer que podría deberse a esto la indiferencia con que la crítica, tan inclinada, a veces, a la lisonja fácil, recibió su obra poética. Se sabe que Rosalía rehuía todo contacto con el público, que gustaba pasar inadvertida y que, incluso, doña María del Pilar Sinués, en cuya casa se celebraban tertulias literarias, no consiguió jamás la asistencia a ellas de nuestro poeta.

Uno de los sucesos más notables, que acaeció mientras estuvo en Madrid y al que debió asistir, lo mismo que Murguía, fué la muerte y entierro de don Manuel Quintana, el 11 de marzo de 1857, suceso que repercutió en todo el mundo literario de aquella época.

Casamiento de Rosalía.

El diez de octubre de 1858, en la parroquia de San Ildefonso, de Madrid, se casó Rosalía con don Manuel Murguía. El certificado de matrimonio dice:

“En la M. H. de Madrid, en diez de octubre de mil ochocientos cincuenta y ocho. Yo, Doctor Lozano Prieto, teniente cura de esta parroquia de San Ildefonso, previo despacho del Sr. Doctor Manuel de Obeso, Vicario Eco., refrendado a primero de los corrientes por el Notario Don Pedro Vicente de Ovejero: desposé y velé in facie Ecclesiae a Don Manuel Martínez Murguía, soltero, de veinte y cinco años de edad, natural de Froguel, diócesis de Santiago, hijo de Don Juan Martínez y Doña Concepción Murguía, con Doña Rosalía de Castro, soltera, de veintiun año de edad, natural de la ciudad de Santiago, feligresa en esta parroquia por vivir en la calle de la Ballesta, número 13, cuarto bajo, hija natural de Doña Teresa de Castro, habiendo procedido todos los requisitos necesarios para la validez de este contrato sacramental. Fueron padrinos testigos Don Cándido Luanco y Don Manuel Méndez.

Y lo firmo.

L. Prieto”.

Así, Rosalía contrajo nupcias con uno de los espíritus más cultivados de Galicia, y de España toda, que influyó en su formación de manera decisiva.

Se sabe que Rosalía leía de una manera anárquica, es decir, que carecía de método en la selección de libros. Manuel Murguía empezó a corregirla, a hacerla leer todos los días un poco y a seguir un sistema ordenado de lecturas.

En poesía dejó que el genio poético de Rosalía se expresara solo, es decir, procuró que versificara con esa facilidad y soltura que tenía; y aun se lo rogaba, a veces, cuando, por ejemplo, sentados los dos en Padrón, en el huerto de la Matanza, se quedaban solos, y Rosalía se dejaba vencer por el cansancio o se encerraba con sus ensoñaciones. Así surgieron, en una tarde serena de verano, aquellos delicados versos, tan impregnados de ese amargo humor popular:

Meu santo San Antonio,
D'aime un homiño,
Anqu'ó tamaño teña
D'un gran de millo,
D'aimo, meu santo,
Anqu'os pes teña coxos,
Mancos los brazos... (1)

Si en la poesía se nota poco la influencia de Murguía, no sucede lo mismo con la prosa, en donde el esposo impone un poco sus gustos literarios y asoma de una manera perceptible.

Al casarse, Rosalía empezó a gustar el sabor hogareño; afectuosa y tierna, cumplía sus deberes de esposa y madre con exquisito cariño. Estos momentos, de cálida intimidad, fueron vividos intensamente por la escritora, y sus páginas comenzaron a destilar el gozo y el dolor, el drama humano del diario acontecer, como en la poesía a la muerte de su hijo, una de sus más bellas creaciones:

Era apacible el día
Y templado el ambiente,
Y llovía, llovía,
Callada y mansamente;
Y mientras silenciosa

(1) Mi santo San Antonio,
Dame un hombrecito,
Aunque el tamaño tenga
De un grano de maíz.
Dámelo, mi santo,
Aunque los pies tenga cojos,
mancos los brazos...

Lloraba yo y gemía,
Mi niño tierna rosa,
Durmiendo se moría.
Al huir de este mundo, ¡qué sosiego en su frente!
Al verle yo alejarse, ¡qué borrasca en la mía! (1)

Este dolor con que ella se nutre, hará que comprenda el dolor ajeno y que lo descubra a los demás, como para derramar, poéticamente, un bondadoso lenitivo sobre las menudas congojas de la vida familiar.

Manuel Murguía influyó, también, en la publicación de sus obras. Con su espíritu introvertido, con su gusto por la soledad —dueña, como era, de una intensa vida interior—, sus poesías no hubieran visto la luz sin Murguía. A éste debemos la primera edición de sus “Cantares Gallegos”, publicados después de arrancar la promesa, por ventura incumplida, de encabezarlos con el nombre de su esposo —no con el suyo.

A Murguía, también, debemos las primicias de la mayor parte de sus ensayos, de sus novelas, de toda su obra literaria, en fin; y seguro es que si él hubiera podido recoger su último suspiro, se habrían salvado el fuego las cuestiones páginas arrancadas al goce poético por los hijos y por el cura de Padrón, que obedecieron, con excesiva ligereza, la postrera voluntad de Rosalía.

Rosalía tuvo varios hijos, el primero de los cuales vió la luz en Santiago, en 1859; fué niña y la bautizaron con el nombre de Alejandra. El segundo, niña también, nació diez años después y recibió el nombre de Aurea; más tarde, en 1872, nacieron Gala y Ovidio, gemelos; en la Coruña vino Amara, en 1874; y el último fué Adriano, que murió muy niño.

Manuel Murguía nos dice que cuando Rosalía se sentía enferma o desfallecida, se retiraba a descansar a Padrón, encontrando allí las fuerzas con que enfrentarse a la lucha cotidiana.

(1) *Ob. cit.*, p. 385.

Gustavo Adolfo Bécquer, un poco mayor que Rosalía, llega a Madrid dos años antes que ella, en 1854, apenas cumplidos los 18 años. Rosalía lo hace en 1856, casi a la misma edad que el poeta.

Sienten ambos las mismas inclinaciones, ya que también Bécquer rehuye el bullicio y rechaza la vanidad. En tanto que Rosalía necesita la presión y, a veces, el bienintencionado engaño del marido para decidirse a publicar sus obras, los amigos de Bécquer tienen que recoger el último hálito del poeta antes de dar a la luz las páginas exquisitas del gran romántico.

Los biógrafos de Bécquer encontraron que algunas de sus poesías estaban claramente influídas por Heine, gran parte de cuya obra no se encontraba traducida al castellano, ni siquiera en las versiones de Eulogio Florentino Sáenz, o en las escasas traducciones conocidas en la época. Se sabe que Bécquer desconocía el alemán y el francés; por otra parte, González Besada nos dice que Rosalía regaló al poeta una traducción hecha por ella misma de Heine. No sería, pues, extraño que de esta traducción partiera la influencia de Heine en Bécquer.

Es de notar que algunos críticos ingleses opinan que las influencias de Heine sobre Bécquer son apenas perceptibles, y que, en cambio, es de Byron de quien más se ha nutrido el poeta sevillano.

Sobre Rosalía se advierten, igualmente, algunos rasgos heinianos, más que en los temas amorosos —en los que el alemán se recrea con cierta monotonía—, en los irónicos y, sobre todo, en sus poesías castellanas.

Tiene, también, Rosalía, unos *Lieders* —tres en total—, que han reforzado el criterio de los que sostienen que su obra manifiesta una clara influencia heiniana.

Vicente García Martí, que no cree en ella, escribe:

“Se ha tratado con este motivo de las influencias que en Rosalía, pudo haber ejercido Heine; pero sin llegar a conclusiones definitivas, aparte de que este género de influjos, no llevando dentro una posibilidad natural, no conduce a ningún resultado”.

A mi juicio, sí influyó Heine en Rosalía, como veremos más adelante, pero esta influencia no es tan notable como algunos es-

critores han pretendido ni, desde luego, forma el esqueleto principal de la obra de nuestro poeta.

Heine y Rosalía sufrían reacciones sentimentales parecidas, como se advierte claramente en composiciones como *Tu eras la flor, querida muchacha*, de Heine, inspirada por su última amante, que le acompañó en su lecho de enfermo, y *Negra sombra*, de Rosalía, en que ésta nos cuenta sus penas, las cuales vuelven a su lado cuando ya pensaba que se habían ido. Sin embargo, si pudieron hermanarse en el dolor, no sucedió lo mismo con su actitud frente a la vida. Heine fué un gran periodista, como se demuestra en sus *Cuadros de viaje*, que se apasionó, más tarde, por la política, en tanto que Rosalía ansiaba únicamente la soledad de su casa de Padrón. Contemplando la vega de Iria, su existencia se hubiera deslizado triste y melancólica, si los azares de la vida no la hubieran empujado a recorrer muchas de las regiones españolas.

Sea como fuere, la influencia de Heine no resta mérito alguno a la obra de Rosalía, cuya personalidad poética es lo suficientemente clara para brillar con luz propia y aun para traslucirse en la de los más altos poetas españoles de los últimos tiempos.

Muerte de Rosalía.

La vida de Rosalía de Castro transcurre sin grandes aventuras, sin hechos que pudieran llamar la atención; es la vida de cualquier mujer casada, que vive para los suyos y para abandonarse a los sueños de su intensa vida interior.

Mujer cristiana y devota, comprende el humano pecado de su madre y hasta, quizá, su dolor, tan íntimamente unido a esa negra sombra que cambió el curso de su adolescencia. El único hecho importante fué la muerte de su hijo, y ello no hizo más que agudizar sus trastornos físicos y morales.

Su vida interior fué, en cambio, tan rica, tan grande, que muy pocos poetas han llegado a igualarla y menos, todavía, a superarla. Se comprende, pues, la resonancia que los dolores ajenos encontraron en ella, y la huella amarga que dejaron en su poesía.

En algunas personas el dolor espiritual es tan grande, tan profundo, que borra totalmente el dolor físico, soportado gracias a su gran estoicismo.

Así, también, Rosalía olvidaba su enfermedad; mejor dicho, su carácter, hecho a todos los sufrimientos, no daba cabida al dolor físico, a pesar de ser éste tan intenso. Por ello nunca se quejó ante su esposo, ni ante nadie, como no fuera a su médico, don Maximino Teijeiro, uno de los mejores de Santiago, Rector de la Universidad; y cuando un día, en Pontevedra, un amigo, alarmado por las noticias que tenía, preguntó a don Manuel Murguía por la salud de su esposa, éste le contestó, sorprendido, que acababa de dejarla sin que ella le manifestara la menor dolencia.

Como dije anteriormente, Rosalía no deja entrever en sus poesías el dolor físico; soporta en silencio, y se sobrepone al agudo dolor que causa el cáncer, que ha de llevarla, joven aun, a la tumba. Tan sólo el dolor espiritual, más como reflejo humano de los que la rodean que como expresión del propio, con ser éste tan intenso, se filtra, a veces, por las páginas tiernas de su obra poética.

Ya próxima a morir, Rosalía, que parece presentir su última hora, quiso ver el mar, al que tanto amó. La llevaron a Carril, pequeño puerto marineró, en la bella ría de Arosa.

Allí, nuestra poetisa salía en las tardes a respirar ese aire marino, que si no mejoraba su dolencia, como tantas otras veces, le permitía, al menos, soñar, contemplando la maravillosa ría. Quién sabe qué ensueños invadirían a aquella poetisa crepuscular en aquellos atardeceres marinos, en que las olas llegan mansamente a besar la arena; quién sabe qué rumores y qué mensajes lejanos le traían esa brisa del atardecer gallego, que ella amaba tanto. ¡Quién pudiera sorprender los evocadores secretos que esas tristes horas contaban, quedamente, al oído de Rosalía!

Poco antes de su muerte pide a sus hijos y al cura de Iria que quemem sus fotos y sus últimos trabajos, algunos de ellos preparados ya para mandar a la imprenta.

Las obras inéditas quemadas, de las que tenemos noticias, son: *Romana*, proverbios; *Cuentos extraños*, colección de cuentos, e *Historia de mi abuelo*, novela de ambiente familiar, quizá con pinceladas autobiográficas. Probablemente se perdieron, también, algunos poemas.

De Carril, Rosalía volvió a su casa de Padrón, en donde le sorprendió la muerte, rodeada de sus hijos, el 15 de julio de 1885.

Poco antes de morir, ya recibidos los Santos Sacramentos, tuvo una leve mejoría y, creyéndose ya sana, dijo al cura:

“Señor cura, ya estoy buena; vámonos a Santiago a ganar el Santo Jubileo”. (1)

Poco antes había dispuesto que la enterraran en el cementerio de Adina, donde reposaban los suyos, y que ejercía sobre ella una atracción especial:

O simeterio d'Adina
N'hay duda qu'e encantador,
C'os seus olivos escuros
De vella recordason;
C'o seu chan d'hervas e frores
Lindas cal noutras dou Dios...
...Moito te quixen un tempo,
Simeterio encantador,
C'os teus olivos escuros,
Mais vellos qu'os meus abós;
C'os teus cregos venerables,
Que s'iban sentar o sol,
Mentras cantaban os páxaros
As matutinas canciós,...
.....
...Moito te quixen e quérote,
Eso ben o sabe Dios. (2)

Poco después pidió un ramo de pensamientos, su flor predilecta, y sufrió un colapso, que marcó el comienzo de su agonía. En pleno delirio, dijo a su hija mayor, Alejandra:

(1) El año de 1885, fué jubilar, por caer en domingo el 25 de julio, festividad del Apóstol Santiago.

(2) El cementerio de Adina
Es, sin duda, encantador,
Con sus olivos oscuros
De vetusta evocación;
Con el suelo de hierba y flores
Bellas como otras no hizo Dios...
...Mucho te quise en un tiempo,
Cementerio encantador,

Abre la ventana que quiero ver el mar.

Tales fueron las últimas palabras que pronunció Rosalía. Apenas abierta la ventana, exhaló el postrer suspiro.

Siguiendo su última voluntad, fué enterrada en el cementerio de Adina, al lado de su madre.

El certificado de defunción dice:

“Doña Rosalía de Castro (sin otro apellido), natural de Santiago, de cuarenta y ocho años, domiciliada en el lugar de La Matanza, parroquia de Iria, término municipal de Padrón; falleció en dicho lugar, casa sin número, a las doce de la mañana del quince de julio de mil ochocientos ochenta y cinco, a consecuencia de una degeneración cancerosa del útero. Estaba casada con don Manuel Murguía, escritor, natural de la parroquia de Oseiro, provincia de la Coruña. Tuvo por hijos doña Alejandra, doña Aurea, doña Gala, don Ovidio y doña Amara que viven con su padre, y don Adriano, difunto. Es hija ilegítima de doña Teresa de Castro, natural de Iria. No otorgó testamento y fué enterrada en el cementerio de Iria”.

Por otro lado, el certificado de sepultura dice:

“Dentro del cementerio general de esta parroquia (Iria), se dió cristiana sepultura eclesiástica, en el día de la fecha, al cadáver de doña Rosalía de Castro. Hallábase casada con el célebre historiador, don Manuel Murguía, natural de San Tirso de Oseiro, en el término municipal de Arteijo. Recibió los Santos Sacramentos y demás auxilios espirituales. Y para que conste, extendiendo la presente, Rectoral de Iria, diecisiete de julio de mil ochocientos ochenta y cinco.
Licenciado José Caamaño”.

Traslado de sus restos.

Poco después de su muerte empezaron a tributar homenajes a su memoria, y seis años después fueron trasladados sus restos a la

Con tus olivos oscuros
Más viejos que mis ancestros;
Con tus venerables curas
Que iban a sentarse al sol,
Mientras cantaban los pájaros
Las matinales canciones.

.....
Mucho te quise y te quiero,
Como bien lo sabe Dios.

Ob. cit., pp. 238-239.

monumental iglesia de Santo Domingo, de Santiago de Compostela, por iniciativa del Centro gallego de la Habana, Cuba.

Este traslado del apacible, risueño y pequeño cementerio de Adina a la iglesia de Santo Domingo, tuvo caracteres apoteósicos; fué la entrega total del pueblo a la gran poetisa. Si los laureles no le llegaron en vida —tal parece ser la triste suerte de los grandes poetas—, se los ofrecieron durante el traslado de sus cenizas.

Un testigo presencial, Vales Failde, nos relata esta peregrinación póstuma:

“Próximamente a las seis de la tarde, tan hermoso y apacible como suelen serlo las tardes de mayo en Galicia, un prolongado silbido de la locomotora anunció la llegada a la estación del tren especial que conducía los restos de Rosalía. Minutos después todo el clero compostelano, con cruz alzada, elevaba al cielo los graves acentos del canto llano.”

Terminado el responso, púsose la fúnebre comitiva en marcha; todo Santiago había cerrado sus puertas en señal de duelo, y hasta las obras se habían suspendido para que los obreros pudieran asistir al entierro.

En medio de dos filas compactas de gentes, caminó la comitiva, formada por dos hileras de niños con velas encendidas y seguida por representaciones del Ayuntamiento de Santiago, Colonia Gallega de Cuba, Escritores y Cuerpo Escolar Compostelano, Juntas Regionales, etc.

El cortejo se detuvo frente a la Universidad, al pie de su amplia escalinata, desde donde Alfredo Vilas pronunció una oración fúnebre y un estudiante de Derecho leyó una poesía de homenaje a Rosalía. Los demás estudiantes hicieron caer una lluvia de flores y laureles sobre la carroza. El Orfeón Universitario entonó “Pietà Señor”, con emoción contagiosa que, al decir de Vales Failde, hizo unir los corazones de la multitud a las voces del religioso coro, murmurando, con fervor:

“Piedad, Señor, para el poeta...”

Al llegar el cortejo fúnebre, hacia las nueve, a Santo Domingo, una inmensa cantidad de estudiantes y de gente del pueblo lo esperaban con hachas encendidas, dando a la escena un aspecto solem-

ne, grave y conmovedor, a la vez, que hizo que cuando los despojos mortales de Rosalía entraban para descansar al hermoso templo ojival de Santo Domingo, las lágrimas asomaran a todos los rostros.

Así entró en la iglesia de Santo Domingo uno más de los poetas gallegos, que no sólo merece toda nuestra admiración como poeta, sino, también, nuestro respeto y cariño por su honradez y por su vida acrisolada, límpida como el cristal.

No podemos olvidar que a Rosalía se la llamaba, entre los pobres, *La Santiña*, y que a pesar de sus dolores físicos y espirituales, o quizá a causa de ellos, siempre tenía algo, de lo poco que poseía, para repartirlo con los menesterosos, a los que alentaba, al mismo tiempo, con esa simpatía común en los poetas y en las personas de bien.

Su carácter tenía esa mezcla de dulzura y entereza que tan sólo poseen los escogidos.

Como dijimos, apenas hay en su vida anécdotas ruidosas; sin embargo, las pocas que conocemos, nos muestran la honradez de Rosalía para con el mundo y para consigo misma. Por ejemplo, en una ocasión corrió la noticia, por Cuba, de que Rosalía se encontraba enferma y falta de recursos monetarios. El Centro Gallego mandó una persona, con urgencia, ofreciéndole dinero y todo el apoyo que ella necesitase. A ello contestó Rosalía que *mientras viviera su marido no necesitaba de nadie*.

Algunos escritores han dicho que no fué feliz Rosalía en su matrimonio y dan a entender que éste fué un fracaso. Sin profundizar mucho en este asunto, por falta de noticias fidedignas, expondré brevemente mi criterio. Manuel Murguía era ya muy conocido cuando se casó, verdaderamente enamorado de Rosalía; como su esposa, se dedicó por entero a Galicia: puede decirse que dedicó su vida a la historia gallega. Además de estas circunstancias, de esta pasión común, que tenía que unirlos con mayor fuerza, sus hijos constituían un motivo fundamental de coincidencia amorosa, capaz, por sí solo, de estrechar su ternura y amistad.

Desde luego, Murguía pasaba algunas temporadas fuera de su hogar, pero lo hacía obligado por las necesidades de su trabajo; es éste un hecho tan normal, que no puede interpretarse, sin mala fe, torcidamente.

Tuvieron, desde luego, esas pequeñas pugnas inherentes a toda vida en común: la escasez de recursos fué una de las causas, y sin duda, también, las enfermedades de sus hijos y la muerte de Adriano. Con todo, soportaron los contratiempos con ánimo admirable que estrechó más los lazos espirituales que les ataban uno a otro. Pero estos mismos contratiempos hicieron perder su alegría, entristecieron a nuestra poetisa y dieron pábulo a la versión absurda de su matrimonio desdichado.

La pena no abandonó jamás a Rosalía. Llegó a constituir, en ella, un estado normal tan íntimo que impregnó de tonos sombríos su vida:

En todo estás e tí és todo,
Pra mín y en min mesma moras,
Nin m'abandonarás nunca,
Sombra que sempre m'asombras. (1)

La historia gallega y Rosalía, repetimos, fueron las dos grandes pasiones en la vida de Manuel Murguía. Este comprendió y compartió los sufrimientos de su esposa. Al contemplarla en su lecho de muerte, intensamente adolorido, murmuró estas palabras que reproduce, más tarde, en su prólogo a *En las orillas del Sar*:

“¡Descansa en paz, al fin, pobre alma tormentada, tú que has sufrido tanto en este mundo!”

Al morir, el pueblo añadió a su nombre la partícula *de*, que habrá de acompañarla para siempre, símbolo de un señorío conquistado legítimamente con su vida ejemplar y con su obra admirable.

(1) En todo estás y tú lo eres todo
Para mí, y en mí misma moras,
Y no me abandonarás nunca,
Sombra que tanto me asombra.

Ob. cit., p. 228.

Rosalía, escritora bilingüe.

Rosalía de Castro, como muchos otros escritores y poetas españoles, es una escritora bilingüe: produce obras en gallego y en castellano.

Este hecho no debe de extrañarnos ya que desde los comienzos de la Literatura Castellana han habido, en España, escritores y poetas bilingües, con la particularidad de que, en un principio, se empleaba para la poesía el gallego, idioma que por su dulzura y madurez se creía más apto par tal disciplina que el castellano; éste, en cambio, se empleaba en la prosa, hasta que, a la llegada de la épica, por su rotundidez y sonoridad, se impuso definitivamente al gallego. Claro que al hablar de la épica me refiero, también, a la hagiografía, que pertenece o debiera pertenecer a la mística.

Era la época en que Castilla formó la unidad de España, imponiendo lógicamente su idioma. Al principio quedaban unos focos lingüísticos en Cataluña, Vasconia y Galicia, pero en esta última, que es la que más nos interesa, cuando murió fusilado el Mariscal Pardo de Ceta prohibieron formalmente hablar y escribir en gallego. A pesar de esto, siempre había algunos que lo hacían, pero muy pocos y casi sin trascendencia.

A la llegada del romanticismo, que trae un nuevo concepto de la vida y un sentido de libertad a España, acogotada hasta entonces por la monarquía absoluta de los Borbones, se producen levantamientos e insurrecciones por toda la Península; así, Galicia lucha por su libertad y por su autonomía. A pesar de haber vencido la monarquía y de los fusilamientos de Carral, el poder dominante tiene que dar un amplio margen de libertad; ello determina que, a partir de Rosalía, una gran cantidad de poetas puedan ya componer y escribir en gallego, sin incurrir en penas o delitos que se paguen con dinero, cárcel o destierro, y aun con la muerte.

Al anularse el decreto que prohibía el uso del idioma regional, surge una serie de poetas y escritores, que encabeza Rosalía, quién, en realidad, es la que da origen al renacimiento gallego que continuarán Pondal, Curros Enríquez, Lamas Carbajal, etc. Todos ellos,

en su profundo odio a la tiranía, buscan el calor de la libertad y escriben en su lengua materna. No podían olvidar que las regiones y municipios han sido siempre el alma de la libertad y del espíritu individualista del pueblo español, y el ariete de las conquistas populares contra la monarquía; ésto lo prueban, por ejemplo, el “Fuero Juzgo”, en Aragón y las “Comunas” de Valencia y de Toledo, que desaparecen con la muerte de don Alvaro de Luna, Padilla, etc., a raíz de la derrota de los comuneros, así como la relativa independencia de que gozaba Galicia, y que perdió con la muerte del Mariscal Pardo de Cela. Los municipios, como se recordará, derivaron de las prerrogativas que obtuvieron los pueblos por su apoyo a la corona, a la que prestaban dinero y material humano para la guerra.

No obstante, algunos escritores de la época, excesivamente confiados o arrastrados por la pasión de su amor por Galicia, tuvieron que probar la amargura del destierro, entre ellos Pondal, que recorrió diversos países europeos y Curros Enríquez, que encontró la muerte en América. No menor desventura tuvieron que arrostrar otros intelectuales de la Península: recordemos, por ejemplo, al Duque de Rivas.

También Rosalía de Castro, con todo y su espíritu católico ferviente, sintió latir ese sentimiento de justicia y libertad. ¡Cómo no iba a sentirlo y comprenderlo, con su exquisita sensibilidad y su natural rebeldía frente a los regímenes de oprobio!

Tanto es así, que al comprender que no sólo se trataba de Galicia, sino de España entera, parece como si presintiera aquellas palabras de Unamuno, cometaría a la tan conocida poesía “Castellanos de Castilla”,

Permita Dios, castellanos,
Castellanos que aborresso,
Qu'antes os galegos morran
Quir a pedirvos sustento, (1)

(1) Permita Dios, castellanos, —Castellanos que aborrezco, Que antes los gallegos mueran— Que ir a pedirvos sustento.

Ob. cit., p. 116.

de la que don Miguel dijo: “¡A pedir no! A tomarlo, y a tomarlo como cosa propia”.

Efectivamente, es a partir de este momento que Rosalía deja de escribir en gallego, quizá convencida de haber cubierto ya su tributo a Galicia, para escribir, en lo sucesivo, únicamente en castellano. Era que su alma había comprendido que el drama español atañía a todas las regiones hispanas y no a una sola.

Así, pues, Rosalía es una escritora bilingüe. Su obra está dividida en dos partes, una en idioma gallego y otra en castellano. A la primera corresponden los poemas recogidos en *Cantares gallegos* y en *Follas novas*, y a la segunda pertenecen *En las orillas del Sar*, *A mi madre*, *Flor* y otras poesías sueltas.

Poesía y prosa.

Además de su producción poética, hay que considerar la obra en prosa de Rosalía de Castro, toda ella en castellano, aunque en algún caso, como en *El Cadiceño*, descripción de un tipo de Galicia, incluye algunas palabras gallegas, y hasta utiliza un jerigonza especial, propia de los que, al retornar al terruño después de abandonarlo por algún tiempo, presumen de puristas, cuando, en realidad, no hacen más que desvirtuar la lengua propia y la ajena.

Fuera de estos cuadros costumbristas, Rosalía emplea el castellano en toda su prosa.

Bibliografía.

A continuación doy su bibliografía, hasta donde es posible, por orden cronológico:

La flor.—M. Gónzalez ed., Madrid, 1857. Poesías de juventud.

Lieders.—en EL ALBUM DEL MIÑO; Vigo, 1858. Poemas en prosa. La obra consta de tres composiciones: la primera, es un canto a la libertad; la segunda, una alabanza a la mujer; la tercera, ataca la debilidad femenina y el pecado de Adán.

La hija del mar.—J. Compañel, Vigo, 1859. Ensayo de novela de ambiente marino.

- Flavio*.—en CRONICA DE AMBOS MUNDOS, Madrid, 1861. Ensayo de novela romántica con toques realistas.
- A mi madre*.—J. Compañel, Vigo, 1863. Poesías. La edición consta de 50 ejemplares numerados y autografiados en impresión. Fue reproducida en el ECO DE SANTIAGO, en 1926.
- Cantares gallegos*.—J. Compañel, Vigo, 1863. Poesías. Fue reeditada por Leocadio López, Madrid, 1872. La 3a. edición es de Galí, Santiago, sin fecha.
- Ruinas*.—en EL MUSEO UNIVERSAL, Madrid, 1866. Novela. Reeditada con un interesante prólogo de Cotarelo, por Moret, La Coruña, 1928. Se conoce una 3a. edición de NOVELAS Y CUENTOS, Dédalo, Madrid, 1943.
- El caballero de las botas azules*.—Soto y Freire, Lugo, 1867. Novela. Su introducción de carácter filosófico, marca la pauta de la obra.
- Follas novas*.—Biblioteca de la Propaganda Literaria, Madrid-La Habana, 1880. Prólogo de Emilio Castelar. Poesías.
- El plimer loco*.—Maya y Plaza, Madrid, 1881. Cuentos. La obra contiene EL PRIMER LOCO y DOMINGO DE RAMOS, este último de tipo costumbrista.
- En las orillas del Sar*.—Ricardo Fé, Madrid, 1884. Poesías. Traducida al inglés por S. G. Morley, Berkeley, University of California Press, 1937.
- Cinco poesías*.—Editadas por la Academia Española, Madrid, 1905. Poesías elegidas de EN LAS ORILLAS DEL SAR, y publicadas como homenaje a Rosalía.
- Obra poética*.—Espasa Calpe S. A., Buenos Aires, 1942. Selección de poemas de sus tres principales libros: CANTARES GALLEGOS, FOLLAS NOVAS y EN LAS ORILLAS DEL SAR.
- Obras completas*.—Sucs. de Hernando, Madrid, 1909.
- Obras completas*.—Pueyo, Madrid, 1910.

Obras completas.—Páez, Madrid, sin fecha (V. García Martí da como fecha probable, 1925).

La 2ª edición contiene un poema más que la 1ª: “De Galicia os cimiterios”; está en FOLLAS NOVAS.

Obras completas.—M. Aguilar, Madrid, 1944.

Esta edición de las OBRAS COMPLETAS de Rosalía de Castro contiene cinco poesías que no habían sido incluídas en ninguna otra colección. Sus títulos y procedencia son los siguientes:

EN UN ALBUM, “El Heraldo Gallego”, Orense, 26 de Noviembre, 1874;

HOJAS MARCHITAS, “El Heraldo Gallego”, Orense, 26 Septiembre, de 1875;

REGINA, “El Heraldo Gallego”, Orense, 9 Diciembre, 1875;

A. . . , “El Heraldo Gallego”, Orense, Febrero de 1876; y EN EL ABANICO DE EMILIO PARDO BAZAN, “La Revista de Galicia”, Nº 10, La Coruña, 25 Mayo, 1880.

Esta revista estaba dirigida por la Condesa de Pardo Bazán. De las OBRAS COMPLETAS se hicieron varias ediciones.

CLASIFICACION POR TEMAS

Después de clasificar la obra de Rosalía, como acabamos de hacerlo, por grupos lingüísticos y por su producción literaria, nos falta considerar la temática. Primero tomaremos la prosa, de menor importancia y, finalmente, la poesía, que constituye el motivo principal de este trabajo.

Se ha llegado a definir el romanticismo como una cierta actitud angustiosa ante la vida, unida a un anhelante deseo de liberación. En el gallego, este deseo es innato. Gracias a él, cruza montes y mares, para otear siempre más allá de toda barrera que limite el campo de su visión. En este sentido, el gallego es por esencia romántico. Rosalía no podía escapar a esta tradición, máxime si tenemos en cuenta que su vida coincide plenamente con los finales del romanticismo. Sin embargo, desde la mitad y, sobre todo, al final de su poesía, se nos muestra como precursora del modernismo y aun como modernista, quizá debido a su cariño por el mar y a las nuevas concepciones que por él recibe.

La prosa de Rosalía pertenece, casi toda ella, a su época de juventud, y no alcanza la fama que tiene su poesía, probablemente debido al enorme temperamento lírico de nuestro poeta, o por lo temprano de su producción, quizá anterior a su madurez literaria.

Si sus novelas inéditas, quemadas por el fuego, como la *Historia de mi abuelo*, se hubieran conservado, el juicio que exponemos sobre Rosalía sería distinto o, mejor dicho, más completo. Hubiéramos, entonces, podido averiguar si su producción en prosa seguía una progresión paralela a sus poesías, por tratarse ya de una obra de madurez, y si permanecía estacionada en el romanticismo o, por el contrario, había derivado claramente hacia un tipo de novela modernista.

Desgraciadamente, la acción del fuego, esta vez no purificadora, no nos permite hacer conjeturas, sino que nos obliga a atenernos a la parte conocida de su obra en prosa, que pertenece, como dejamos dicho, a su juventud.

En la primera de sus obras en prosa, *La hija del mar*, Rosalía da rienda suelta a su imaginación desbordante y apunta, también, un ardiente romanticismo, como es peculiar en ella, no obstante ligeros toques realistas a la manera de George Sand y de Eugenio Sué.

En la más conocida de sus obras, *El caballero de las botas azules*, novela corta, calificada, por V. García Martí, como cuento extraño, muestra un fino humorismo de tono galaico. Se deja sentir, en este libro, que, como en los de muchos humoristas, carece de una estructura básica, de un esqueleto, lo que hace que, al terminar su lectura, se ignore su trama o asunto. Para comprenderla un poco hay que leer, antes, *Un hombre y una musa*, en donde se advierte un tono filosófico y una oscuridad brumosa; filosofía y bruma que tan metidas están en el alma galaica y que forman parte de la personalidad misma del gallego. Encontramos, así mismo, en *El caballero de las botas azules*, un sentimiento romántico, pero no según la moda imperante en España, sino cargando su acento sobre el paroxismo y sobre los goces de la vida, que desemboca en el humor, en la ironía y hasta en el sarcasmo.

Este tono semi-filosófico se deja sentir más, se encuentra de una manera más rotunda, en *Ruinas*, también envuelta en ese humorismo rosaliano, tan peculiar del pueblo gallego.

Quizá el más típicamente romántico de sus cuentos sea *El primer loco*, en el que Rosalía cultiva la leyenda romántica y la exaltación imaginativa, y que, según García Martí, “arraiga en el alma de Rosalía todo lo que es racial, eso que pudiéramos llamar filosofía del sentimiento, y que tiene enlaces evidentes con la moderna tendencia bergsoniana”.

Hay que hacer notar que este cuento ha sido calificado, por algunos, como un estudio psicológico, como una descripción del estado de su alma; y si bien García Martí y otros críticos se oponen a ello, aduciendo que se halla lejos aun del análisis propio de la época naturalista, es evidente que, en él, Rosalía aparece como innovadora y precursora, lo que, así mismo, ocurre en su poesía.

Tiene, también, dos relatos de tipo costumbrista, *Domingo de Ramos* —que, como su nombre indica, es la descripción de una fiesta tradicional y cristiana de la región galaica— y *El Cadiceño* —descripción de un tipo gallego—, que parece iniciar nuevos derroteros en la producción prosista de Rosalía.

Flavio es, quizá, la mejor de sus novelas. Con el fondo romántico que le es característico, encontramos, en ella, algunos toques evidentemente realistas, lo que parece confirmar la opinión que apuntamos al hablar de *El primer loco*.

La producción poética de Rosalía.

En la poesía se ha pretendido colocar a Rosalía como romántica, concretamente como el último gran poeta romántico español. Sin embargo, en una parte de su obra rompió totalmente con los moldes románticos; muchas de sus composiciones castellananas ofrecen un claro contraste con las formas de rima más corrientes en la época.

Rosalía es, también, una poetisa popular, hasta tal punto que sólo será igualada por Curros Enríquez, en Galicia.

Debemos considerar, además, en sus composiciones poéticas, a la innovadora y a la precursora. Desde luego, la innovación la lleva a ser precursora y modernista, quizá a influjos de su inmenso ca-

riño por el mar, que, según Murguía, “era, dentro de su amor por la naturaleza gallega, lo que más amaba”.

En la obra poética de Rosalía habrá que considerar tres etapas, que corresponden a sus tres principales colecciones de poesías: *Cantares gallegos*, *Follas novas* y *En las orillas del Sar*.

La primera etapa corresponde a sus años juveniles. En ella se nos muestra alegre, bulliciosa y humorística. En la segunda, la vida empieza a inundar su alma de dolor y nos cuenta, ya, sus penas y las del pueblo, al que tanto amaba. Todavía conserva ciertos toques humorísticos, pero ya con una mueca dolorosa, que sólo desaparece en “N’e de morte” y en otras pocas de sus poesías. En la tercera época, Rosalía nos muestra su alma al desnudo y nos cuenta su amargura, de una manera subjetiva, puesto que todas sus anécdotas son espirituales. Quizá esta particularidad hace que sus poesías adquieran un valor universal, que permite su traducción al inglés y al alemán, sin mermar, fundamentalmente, en su belleza, lo que no ocurre con muchos otros poetas.

Hay que considerar, dentro de la obra de Rosalía, el amor familiar, que se descubre, principalmente, en las poesías dedicadas a su madre y en la que dedicó a la muerte de su hijo.

La obra poética de Rosalía podría ser enfocada desde diversos puntos de vista. He optado por la siguiente clasificación, por juzgarla, si bien no completa, sí, al menos, más interesante, puesto que nos permite penetrar en el fondo de los elementos constitutivos de su personalidad literaria. Estos elementos son:

- 1º El romanticismo.
- 2º La poesía popular.
- 3º El humorismo.
- 4º La ironía en dos de sus poesías: “Castellana de Castilla” y “Castellano de Castilla”.
- 5º El amor.
- 6º El amor por los suyos: *A mi madre* y “Era apacible el día”.
- 7º Galicia en su obra: el amor por la tierra, el paisaje.
- 8º El sentimiento gallego en su obra.
- 9º El sentimiento de la muerte.
- 10º La renovación métrica.
- 11º Rosalía, precursora y modernista.

EL ROMANTICISMO EN LA OBRA DE ROSALÍA DE CASTRO

Rosalía de Castro nace, como hemos visto, hacia el ocaso de una época completamente romántica. Sus primeros poemas no podían escapar al influjo de un movimiento que tan profundamente había penetrado en el alma nacional.

Sin embargo, su romanticismo choca con el romanticismo entonces en boga en la Península. Todos los poetas románticos españoles son grandilocuentes, sonoros, declamatorios; por el contrario, la poesía de Rosalía de Castro es acogedora, tranquila, melancólica, más hecha para leerse en silencio que para ser externada de viva voz.

En su primer libro de poesías, *La Flor* —el nombre no podía ser más romántico—, se advierte una clara influencia: la de José de Espronceda, a quien toma por modelo. Además, “Un desengaño”, primer poema de la colección, nos recuerda un poco el romance “Amarrado al duro banco”, de Góngora, quizá más por su fresca musicalidad que por otra cosa:

En las riberas vagando
de la mar, las verdes olas
mira Argelina y contando
vierte lagrimas a solas. (1)

La Flor consta de seis poemas: “Un desengaño”, “Dos palomas”, “Un recuerdo”, “Fragmentos”, “El otoño de la vida” y “La rosa del camposanto”. Lo romántico es lo característico de todos ellos. A mi juicio, la huella de Espronceda se manifiesta, a partir de “Un desengaño”, en la galanura del verso, en la hondura sentimental y en la dulce y vigorosa melancolía, que perdurará en toda su producción literaria. Tomemos, por ejemplo, al azar, “Fragmentos”:

¿Por qué en mi acervo padecer maldigo
mis placeres sin fin, llena de enojos?
¿Por qué “si os amo” alguna vez les digo
se llenarán de lágrimas mis ojos?

¿Por qué terrible un pensamiento abrigo
que marca mi camino con abrojos,
entrelazando espinas con las flores,
que forman el edén de mis amores? (2)

El último poema de la colección, "La rosa del camposanto", es una fina y bella leyenda, en que el influjo de Espronceda no es menor que en los anteriores. Así, en la primera y segunda estrofa dice:

Era una noche en que el viento
con sordo acento mugía,
y en que no más se sentía
del trueno el ronco fragor.

Y en sombras la tierra envuelta,
como en un fúnebre manto
miedo causaba y espanto
al pecho de más valor. (3)

Es verdaderamente notable la semejanza lírica de este poema con la tan conocida "Canción del pirata", del célebre romántico castellano. La misma sonoridad, el mismo arrebató y pujanza, la misma fluidez de verso e idéntica dramaticidad ambiental tan propia de las oscuras pinceladas que envolvieron la vida de ambos poetas.

En realidad, creo que, al escribir este poema, Rosalía tuvo en mente el tema, sobre todo, de "El estudiante de Salamanca", con punto de vista, en cierta forma, opuesto, pero con el mismo espíritu romántico. En él el personaje femenino sucumbe, víctima de su escasa fe en las palabras del amante. Se supone que toda una leyenda surge en torno a un muerto. Así concluye el poema:

Contaban meses después
que cierta joven hermosa,
habiendo puesto una rosa
que en un sepulcro nació,

presa en su negro cabello
para lucirse más bella,

la flor prendiéndose en ella
jamás su frente dejó.

Que allí marchita y ajada
se fué la rosa quedando,
y que la joven secando
sintió con la flor su sien.

Y cuando al fin ya del todo
la flor se quedó sin vida,
la joven con ella unida
murió marchita también,

y cada cual con espanto
viendo su tumba contaba
que aquel sepulcro guardaba
la “rosa del camposanto”. (4)

De este último verso toma su nombre el poema.

A *Poesías Varias* pertenecen, como dijimos antes, los cinco poemas aparecidos en diversas revistas y que V. García Martí compiló con este nombre. Así figuran, también, en las *Obras completas* publicadas por la Editorial Aguilar (Madrid, 1944). De ellos, los cuatro primeros son claramente románticos, aun cuando pertenecen a distintas épocas de este movimiento ochocentista. En los tres primeros —“En un album”, “Hojas marchitas” y “A . . .”— se nota la influencia de Enrique Heine. Seguramente fueron compuestos a raíz de su traducción de *Intermezzo*, la obra que regaló a Bécquer. La huella de Heine se encuentra, así mismo, con frecuencia, en algunas de las poesías del delicado poeta sevillano. De ahí esa semejanza que podemos advertir entre Bécquer y Rosalía de Castro. Así, por ejemplo, en la primera de sus *Poesías Varias*, dice Rosalía:

En un album
te ví una vez de niña;
me pareciste flor de primavera
o capullo de rosa que exhalase
su virginal esencia.

Ahora dicen todas
que eres mujer y bella...
¡Quiera Dios que en el lecho de las vírgenes
por largo tiempo el blando sueño duermas!
¡Que es el sueño más dulce
que duermen las hermosas en la tierra! (5)

El parecido con alguna de las tan conocidas *Rimas* es, como se ve, realmente notable. Lo mismo sucede con "Hojas marchitas" y aun con "A...", si bien este último poema tiene un sello más personal.

No hay duda de que Bécquer y Rosalía debieron influirse mutuamente durante su estancia en Madrid; pero, repetimos, no puede olvidarse, al intentar el estudio de su obra poética, que ambos bebieron de una misma fuente: de Enrique Heine.

El poema más bello de esta colección es, sin duda alguna, "Regina", que se aparta ya de todo influjo extraño para acercarse a lo netamente español. Recuerda un poco a Zorrilla, sobre todo por la fluidez de su versificación. Está escrita en décimas octosilábicas:

Regina entre las donosas
la más donosa doncella,
la más hermosa y más bella
entre las bellas y hermosas;
la más fresca entre las rosas,
la más pura entre las puras,
y estrella de las alturas
que brilla en sereno cielo,
era fuente de consuelo
en abismo de amarguras. (6)

Por su delicadeza, por su transparencia de cristal, esta poesía es digna de figurar entre las más bellas de cualquier antología castellana. En ella, Rosalía aparece, ya, como precursora del modernismo, según se observa en alguna de las estrofas, v. gr. en la sexta, de corte y sabor rubendariano. Más adelante la estudiaremos con mayor amplitud.

La revalorización de la Edad Media, que es una de las características del romanticismo, la encontramos, también, como es lógico, en Rosalía. Sus *Cantares gallegos* empiezan con un poema —“As de cantar”— que, en su tercera parte, produce la impresión de una de las serranillas del Marqués de Santillana, particularmente la “Mosa tan fermosa”. El fragmento a que nos referimos dice así:

Lugar máis hermoso
non houbo na terra
qu' aquel qu' eu miraba,
qu' aquel que me dera.

Lugar máis hermoso
no mundo n' hachara,
qu' aquel de Galicia,
Galicia encantada.

Galicia florida,
cal ela ningunha,
de froles cuberta,
cuberta de espumas.

D' espumas qu' o mare
con pelras gomita,
de froles que nacen
o pe das fontiñas.

De valles tan fondos,
tan verdes, tan frescos,
qu'as penas se calman
no máis que con velos

Qu' os ánxelos neles
dormidos se quedan,
xa en forma de pombas,
xa en forma de niebras. (7)

Casi todo “As de cantar” posee la frescura e ingenuidad típicas de la serranilla.

-
- (1) *La flor*, en *Obras completas*, p. 1371
 - (2) *Ob. cit.*, p. 1380.
 - (3) *Ob. cit.*, p. 1387.
 - (4) *Ob. cit.*, p. 1401.
 - (5) *Poesía varia*, en *Obras completas*, p. 1412.
 - (6) *Ob. cit.*, p. 1414.

(7) Lugar más hermoso | no hubo en la tierra | que aquel que miraba,
que aquel que me diera | Lugar más hermoso | en el mundo no hallara,
que aquél de Galicia, | Galicia encantada. | Galicia florida, | cual ella nin-
guna, | de flores cubierta, | cubierta de espumas. | De espumas que el mar
con perlas vomita, | de flores que nacen | al pie de las fuentecillas | De va-
lles tan hondos, | tan verdes, tan frescos | que las penas se calman | nada más
que con verlos. | Que los ángeles en ellos | dormidos se quedan, | ya en for-
ma de palomas, | ya en forma de nieblas.

Ob. Cit., p. 14.

II

POESIA POPULAR.—EL HUMORISMO EN ROSALÍA DE CASTRO

Poesía popular.

No se pueden poner en duda las profundas raíces populares de Rosalía de Castro, a tal grado que algunos *Cancioneros* gallegos incluyen, todavía hoy, algunas de sus poesías, que se suponían procedentes del acervo folklórico; por otro lado se han atribuído a Rosalía una serie de pequeños cantares que, en realidad, se deben a la riqueza de la musa anónima. Es probable que en el sentimiento popular de nuestro poeta hayan tenido mucho que ver la “Choiña” y su extraordinaria vocación musical.

En el Tomo I del *Cancionero Popular Gallego*, de José Pérez Ballesteros, Colección Dorna, encontré diversos poemas de Rosalía, algunas veces copiados íntegramente y otras en forma fragmentaria o refundidos. Por ejemplo, Teóphilo Braga, en el prólogo, nos habla de una muiñeira que sostiene fué recogida por Pérez Ballesteros, en Lugo. Dicha muiñeira dice así:

Has de cantar —a veira d' o río
o son dás oliñas —de campo florido.
Has de cantar —a veira d' o mar
o son d' as oliñas —que soben e van.

Algunas estrofas pertenecen casi textualmente a “As de cantar”, de Rosalía, bien con algunos versos cambiados, bien con versos procedentes de otras estrofas. La segunda parte de este poema, que figura en la pág. 12 de las *Obras completas*, de la editorial Aguilar, dice así:

Así mo pediron
na veira do mar,
ó pe das ondiñas
que veñen e van.
Así mo pediron
na veira do río,
que corr' entr' as erbas
do campo florido. (1)

Como puede verse, ambas canciones son las mismas con pequeñas variantes debidas, posiblemente, al inevitable desgaste que sufre toda transmisión oral, cuya tendencia es más la de conservar la rima que la de respetar, rigurosamente, el texto del cantar transmitido. El primer verso sufre ya el primer cambio, éste sí por influjo popular, puesto que Rosalía lo tomó directamente de un cantar anónimo que es el que ha originado la confusión de Pérez Ballesteros. El poema anónimo principia:

*As de cantar
que ch' ei de dar zonchos;
as de cantar
que ch' ei de dar moitos, (2)*

que es la misma cuarteta con que Rosalía encabeza su poema y que constituye el motivo popular de su inspiración. A diferencia del cantar citado por Pérez Ballesteros, Rosalía elude la repetición de *As de cantar*, probablemente para enriquecer la rima y evitar el cansancio de una repetición inútil.

Rosalía utiliza no sólo el artículo, sino, también, la preposición. Por ejemplo, en lugar de *aveira d' o río*, escribe *na veira*, es decir, en vez de *la orilla, en la orilla*. Además el sentimiento de la naturaleza es, como era de esperarse, mucho más intenso en el poema de Rosalía, por un proceso lógico de elaboración en un poeta tan plenamente identificado con su tierra. Hay, en ella, una minucia de observación que falta, naturalmente, en el cantar; de las olas del mar y del río, dice nuestro poeta “que veñen e van” y “que corr' entr' as erbas”, no, simplemente, como el cantar, “que soben e ven” y “o son d' as oliñas —de campo florido”, cuya emoción estética es, evidentemente, inferior.

También Milá y Fontanals, en un estudio sobre la poesía gallega incluye dos composiciones que son de Rosalía y que atribuye al folklore popular: las núms. 129 y 131. En el mismo error incurre, así mismo, Carolina Michaelis de Vasconcelhos, en cuyo *El Cancionero de Ajuda* (II, 933), aparece uno de los poemas de *Cantares Gallegos*, de Rosalía.

Es de hacer notar que otro poeta, que mucho la admiraba y que comparte, con Rosalía, el cariño y la admiración del pueblo gallego,

también ha pasado a formar parte de los Cancioneros anónimos: nos referimos a Manuel Curros Enríquez.

El humorismo en Rosalía.

El humorismo en Rosalía se distingue, sobre todo en sus primeras poesías, entre las que citaremos los *Cantares Gallegos*, por su delicada finura, que continuará, en parte, en algunas de sus *Follas novas*, no obstante el tono de tristeza que caracteriza su segunda época. La amargura de sus últimas obras —*En las orillas del Sar*, v. gr.—, borra ya toda huella de humorismo.

En “Un repoludo gaiteiro”, de *Cantares gallegos*, el poema que tanto gustaba a don Miguel de Unamuno, del que decía que tenía algunos versos que eran un primor, copio un párrafo, sin más comentario que el que acabo de mencionar del ilustre maestro:

Un repoludo gaiteiro
de pano sedán vestido,
com' un principe cumprido,
cariñoso e falangueiro,
antr' os mozos o pirmeiro
e nas siudades sin par,
tiña costum' en cantar
aló pó —la mañanciña:
Con esta niña gaitiña
as nenas ei de enganar

¡Nas festas, cánto contento!
¡Cánta risa nas fiadas!
Todas, todas namoradas
deranll' ó seu pensamento;
y él, que d' amores sedento
quixo a todas enganar,
cand' as veu dimpois chorar
cantaba nas mañanciñas:
Non sean elas toliñas,
nos veñan o meu tocar. (s)

Es en *Cantares gallegos* en donde más abundan los poemas humorísticos: “Sábado á noite”, verdaderamente gracioso, “Eu cantar, cantar, cantei”, “Vente rapasa”, “Queridiña d’ os meus ollos”, etc. En ellos, Rosalía hace gala de su ingenio, buscando el contraste entre lo alegre y lo triste. Termina este libro con una poesía, la mejor, a mi parecer, en donde se mezclan, en dosis equilibradas, lo gracioso y lo festivo. Se titula “Compadre, des qu’ un vai vello”:

Compadre des qu’ un vai vello
ó mesmo sol lle fay frío,
cada regueiro elle un río,
un boy cada escarabello.
Pésame ó lombo que pasma,
pero qu’ inda Dios me leve
¡s’ é que non teño unha sede
que me fay volvé— l’ yasma!
E ben xa que estamos preto
de ña casa... ¡Compadriño,
vinde probal’ ó meu viño
e votaremos un neto!
—¡Entra ti diante! —¡Non! —Si.
Ti que és máis vello. —¡Cal mentes!
—Pos que cho digan os dentes.
—Teño máis moas que ti.
.....
¡Coló, coló! —Ben nos preste,
porque sin estes consolos
andivéramos máis solos
os vellos do qu’ anda á peste.
...—¡E qu’ este teu viño!, ¡deño!...
E do qu’ un pode beber;
pero, compadre, a meu ver
eche mellor ó que eu teño.
—N’ é verdá eso!... —¡Que non?
Tornas ora a vir connigo

e disme d' es meu amigo
s' e no é moito máis bon.

.....

E indo e vindo no camiño
tanto os compadres bebeno,
que nunca en xamás volveno
a probar augua nin viño.
C' o ventre com' unha uva
tras de tanta e tanta proba,
levaronos para a coba
dende ó mesmo pe da cuba. (4)

En *Follas novas*, no obstante aparecer ya el tono melancólico que caracterizará el resto de su obra, Rosalía deja escapar, de vez en cuando, un poco de ese humorismo socarrón tan propio del gallego, y del que estará llena la obra de Labarta Pose, continuador, en cierta forma, de nuestra poetisa. Entre los poemas festivos de dicha colección citaremos “Vamos bebendo”, “Decides qu' ó matrimonio”, “Xan”, etc.

De “Decides qu' ó matrimonio” es la siguiente quintilla, digna de figurar en la mejor antología poética del humorismo español:

Decides qu' ó matrimonio
é santo e bueno; serayo,
máis non casou San Antonio,
por máis qu' ó mesmo demonio
tentouno a facel-ó ensayo. (5)

(1) Así me lo pidieron | en la orilla del mar, | al pie de las onditas
que vienen y van | Así me lo pidieron | en la orilla del río, | que corre entre
las hierbas | del campo florido.

(2) Has de cantar | que te he de dar castañas cocidas | has de cantar
que te he de dar muchas.

Ob. Cit., p. 11.

(3) Un fuerte y apuesto gaitero | de paño de seda vestido | como un
príncipe cumplido | decidor y cariñoso | entre los mozos el primero, | sin
rival en las ciudades, | tenía costumbre de cantar | allá por la mañanita: | con
esta gaitita mía | a las niñas he de engañar. | ¡En las fiestas, cuánta ale-
gría! | ¡Cuánta risa en las lunadas! | Todas, todas enamoradas | le dieron su

pensamiento; | y él que de amores sediento quiso a todas engañar, | cuando las vió después llorar | cantaba en las mañanitas: | no sean ellas tontitas | no vengan a mi tocar.

Ob. cit. pp. 41-42.

(4) Compadre, de que uno va viejo | el mismo sol le da frío | cada riachuelo es un río, | un buey cada escarabajo. | Me pesa la espalda que pasma, pero aunque Dios me lleve | ;si es que no tengo una sed que me hace volver el asma! | Y bien ya que estamos cerca |de mi casa... ;Compadrito | venid a probar mi vino | y beberemos un litro! | —;Entra delante! ;No! ;Si! | Tú que eres más viejo. —;Cómo mientes! | —Pues que te lo digan los dientes. | Tengo más muelas que tú. | ;Coló, coló! Bien nos preste, | porque sin estos consuelos | anduviéramos más solos | los viejos de lo que anda la peste | ...;Es que este vino tuyo! ;diablo! | Es del que uno puede beber; | pero compadre, a mi ver | es mejor el que yo tengo. | —;No es verdad eso!... ;Qué no? | Tornas ahora a venir conmigo | y me dirás, si eres mi amigo, | si no es mucho más bueno. | Yendo y viniendo el camino | tanto los compadres bebieron que nunca jamás volvieron | a probar agua ni vino. | Con el vientre como una uva | tras de tanta y tanta prueba, | los llevaron a la sepultura | del mismo pie de la cuba...

Ob. cit., pp. 160-163.

(5) Decís que el matrimonio | es santo y bueno; lo será, | pero no casó San Antonio, | por más que el mismo demonio | lo tentó a hacer el ensayo.

Ob. cit., p. 289.

LA IRONIA EN DOS DE SUS POEMAS: "CASTELLANA DE CASTILLA" Y "CASTELLANO DE CASTILLA"

Antiguamente, en Madrid, y aun en otras provincias españolas, se tenía por los gallegos un cierto desprecio, producto, tal vez, de que el gallego prefiere realizar cualquier clase de trabajo, mientras sea honesto, que echar mano del sistema fácil de las limosnas. Lo mismo sucede fuera de la Península: en todos los rincones del mundo encontramos gallegos dedicados a los más diversos oficios, por desagradables que éstos sean. El gallego considera una inmensa deshonra el mendigar: vivir a costa del amigo coarta la libertad y borra toda posibilidad de legítimo orgullo.

A esto contribuyó, también, el propio idioma regional. Muchos gallegos, al salir de Galicia, ignoraban el castellano o lo chapurraban con el gallego, con lo que su habla adquiría una entonación especial, que provocaba la burla de los pazguatos, incapaces de comprender que aquéllos mostraban un valor moral que los situaba muy por encima de su propia estulticia.

Rosalía se tropezó, en Castilla, con esta absurda prevención y sufrió, como muchas otras personas, las consecuencias de este criterio. Este hecho, unido a la naturaleza y clima de Castilla, tan distintos de los de Galicia, hicieron que en el alma de Rosalía, incapaz de comprender este absurdo desprecio, que tan directamente la afectaba, vibrara la cuerda del sarcasmo, para dar lugar a dos importantes poemas: "Castellana de Castilla" y "Castellano de Castilla".

Rosalía necesitaba, además, la ternura y las caricias a que estaba acostumbraba en su casa de Padrón, y a las que tan aficionados son sus paisanos, quizá por herencia celta, así como el clima *agari-moso*, que concede una mimosidad especial al pueblo gallego.

El castellano, por lo demás, con su carácter seco y serio, producto de una lucha tenaz con la tierra, no se presta ni comprende este modo de vivir, ya que sus sentimientos le encierran dentro de sí mismo; y cuando lo manifiesta, lo hace con una tal carga de pasión que sólo desemboca al odio y al amor en forma tempestuosa.

“Castellanos de Castilla” empieza con una canción folklórica, con un *alalá*, que se hizo muy popular entre los gallegos, debido, principalmente, a la belleza de sus versos y al sentimiento de rebelión que despertó en ellos, que tan intensamente sentían el desprecio en su propia carne, sobre todo en los que se encontraban desperdigados por la Península o por tierras extrañas.

Así empieza “Castellanos de Castilla”:

*¡Castellanos de Castilla,
tratade ven os gallegos:
cando van, van como rosas;
cando vén, vén, como negros!*
—Cando foi iba sorrindo,
cando veu, viña morrendo,
a luciña d' os meus ollos,
o amantiño do meu peito. (1)

En otra cuarteta se queja del mal trato que reciben los gallegos:

Foi a Castilla por pan,
e saramagos lle deron;
déronlle fel por bebida,
peniñas por alimento; (2)

y continúa:

Van probes e tornan probes,
van sans e tornan enfermos,
qu' anqu' eles son como rosas,
tratádelos como negros. (3)

Y cuando no puede más, estalla:

*¡Castellanos de Castilla,
tendes corazón de aceiro,
alma como as penas dura,
e sin entrañas ó peito! (4)*

El mismo acento, la misma acerada ironía, mantiene nuestro poeta en “Castellana de Castilla”:

Castellana de Castilla,
 tan bonita e tan fidalga,
 máis a quen para ser fera
 cá procedensia ll' abasta.
 Desime, miña señora,
 xa qu' os mostrás tan ingrata,
 si ó meu rendimento homilde
 bascas d' enoxo vos causan,
 pois cand' onda vos me achego
 cuspís con ardentes ansias,
 y ese mirar de pombiña
 volvés en fosca mirada,
 tornando en sumbrisa noite
 o día que en sol se baña. (°)

A Unamuno le hieren estas poesías. Comprendemos, también, al maestro. Afirma que si Rosalía hubiese permanecido más tiempo en Castilla, hubiera llegado a comprenderla, a sentirla y a amarla como comprende, siente y ama a Santiago; es decir, con la sublime pasión que le dictó los acentos hondos de su poema "Santa Escolástica":

—¡Cementerio de vivos!... —murmuraba
 yo, al cruzar por las plazas silenciosas
 que otros días de gloria nos recuerdan—:
 ¿es verdad que hubo aquí nombres famosos,
 guerreros indomables, grandes almas,
 ¿Dónde hoy tu raza varonil alienta?

 ¡Ciudad extraña, hermosa y fea a un tiempo,
 a un tiempo apetecida y detestada,
 cual ser que nos atrae y nos desdeña!:
 algo hay en ti que apaga el entusiasmo,
 y del mundo feliz de los ensueños
 a la aridez de la verdad nos lleva. (°)

¡Ciudad extraña, hermosa y fea a un tiempo! Así es como el paradójico don Miguel quería que viese a Castilla. Yo creo que sí

la llegó a comprender de esta forma, cuando se dió cuenta de la inmensa tragedia de Castilla, que es la tragedia de España; pero que, como en el mismo Santiago, no pudo acostumbrarse a este paisaje desgarrado por los más íntimos contrastes. Así, al pasear por Santiago, que es el corazón y, a la vez, la ciudad más castellana de Galicia, encerrado todo el tiempo por la lluvia, siente una aprensión que la hace exclamar:

—¡Cementerio de vivos!...

Y es que la pluma de Rosalía no se había hecho para describir un paisaje como el castellano.

En su poema "N' a Catedral", vemos que Rosalía experimenta ese mismo sentimiento que le causa Santiago, y que siente la mayoría de los peregrinos que acuden al templo mayor de la ciudad compostelana. Y es que la grandiosa Catedral, de arte romántico, está hecha para orar, no para distraer el pensamiento con filigranas ornamentales, como ocurre en León o Burgos, con sus Catedrales góticas. En la Catedral de Santiago se siente que se le encoge a uno un poco el corazón. Rosalía, en el mejor de sus poemas en gallego, y uno de los más bellos de la literatura universal, describe este sentimiento:

Os pes d' a virxe d'asoledade
;de moitos anos nos conocemos!...
A oración dixen qu' antes dicía,
fixen mamoria d' os meus sacretos,
para mi madre deixei cariños,
par' os meus fixos miles de beixos,
pól-os verdugos d' o meu esprito
recey ... e funme, pois tiña medo. (7)

Este sentimiento, junto con el que Santiago le despierta, es el que nos hace comprender las escapadas de Rosalía, de Santiago a Padrón, cada vez que se sentía desfallecer o enfermar. No obstante la pequeña distancia que separe Iria Flavia de Compostela, sus fisonomías son radicalmente distintas: el clima de Padrón es más terno, y más suave el color de su mar, sobre el que Rosalía desplegaba las velas de su inspiración y de sus ensueños.

(1) ¡Castellanos de Castilla, | tratad bien a los gallegos: | cuando parten,
salen como rosas; | cuando regresan, vienen como negros. | Cuando fué iba
sonriendo, | cuando vino, llegó muriendo, | el encanto de mis ojos, | el amante
de mi pecho.

Ob. cit., p. 116.

(2) Fué a Castilla por pan, | y saramagos le dieron; | le dieron hiel por
bebida, | penitas por alimento.

Ob. cit., p. 116.

(3) Van pobres y vuelven pobres, | van sanos y vuelven enfermos, | que
aunque ellos son como rosas, | los tratáis como a los negros.

Ob. cit., p. 118.

(4) ¡Castellanos de Castilla, | tenéis corazón de acero, | alma como las
penas dura, | y sin entrañas el pecho!

Ob. cit., p. 118.

(5) Castellana de Castilla, | tan bonita y tan hidalga, | mas a quién para
ser fiera | con la procedencia le basta. | Decidme, señora mía, ya que os mos-
tráis tan ingrata, | si mi rendimiento humilde | bascas de enojo os causan, | pues
cuando a vosotros me acerco | salibáis con desprecio, | y ese mirar de paloma
volvéis en hosca mirada, | tornando en oscura noche | el día que en sol se baña.

Ob. cit., p. 90.

(6) *Ob. cit.*, p. 439.

(7) A los pies de la virgen de la Soledad | ¡de muchos años nos conoce-
mos!... | La oración dije que antes decía, | hice memoria de mis secretos, | pa-
ra mi madre dejé cariños, | para mis hijos miles de besos, | por los verdugos
de mi espíritu | recé... y me fuí, pues tenía miedo.

Ob. cit., p. 218.

IV

EL AMOR

El sentimiento amoroso.

No se conoce, de Rosalía de Castro, ninguna anécdota amorosa real. La mujer es como su obra: vive para adentro —es subjetiva. Y no sólo en el amor: ningún acontecimiento llama la atención en su vida. Sin embargo, no quiere decir ello que Rosalía haya descartado el tema por excelencia romántico; por el contrario, sigue la corriente de la época y el amor surge de su pluma con un acento personal, como fruto de una pasión propia, intensamente vivida, profundamente sentida. Es más, yo creo que en la vida de Rosalía hay algún capítulo, velado con esa delicadeza y sigilio tan propios de la mujer, sellado con su muerte, que perfuma dolorosamente su vida. No de otra forma podría explicarse la queja que encierran los siguientes versos de sus *Cantares gallegos*:

Duro crabo me encrabraches
con ese teu maldesir,
con ese teu pedir tolo
que non sei qué quer de min,
pois dinche canto dar puden
avariciosa de ti.

*O meu corason che mando
c' unha chave par' ó abrir,
nin eu teño máis que darche,
nin ti máis que me pedir. (1)*

En otros poemas, quizá por influjo de Heine, trata sobre el mismo tema. Algunos de ellos, a su vez, recuerdan mucho a Bécquer; y viene a cuento recordar la traducción que Rosalía mandó de Heine al poeta andaluz, su amistad nacida al calor de Madrid y el tono adoptado por Bécquer al volver su inspiración al norte de España:

Las olas del mar que rompen
en las cantábricas peñas.

(Ojos verdes)

Observemos, de paso, que la *bruma*, niebla ligera muy común en el noroeste de España, aparece con frecuencia en la poesía de Bécquer. En todos los países nórdicos la niebla es espesa, corta radicalmente la visión; en Galicia, en cambio, la niebla es, casi siempre, leve y se la conoce con el nombre de *bruma*. A veces nos parece como si Rosalía hubiera conducido de la mano al gran lírico español para enseñarle el mar de Galicia, con su cabo de Finisterre, embellecido por un misterio brumoso, para enriquecer la retina del gran poeta sevillano, llena del sol de Andalucía.

Entre los poemas de clara influencia heiniana, con tema amoroso, citaremos “Unha vez tiven un crabo”. El mismo tema, pero con diferente rima, ha sido tratado por Bécquer.

A veces, Rosalía mezcla lo amoroso con lo jocundo. Tal acontece, por ejemplo, con “San Antonio bendito”, escrito a ruegos de Murguía:

Meu santo San Antonio,
daime un homiño,
angu' ó tamaño teña
d' un gran de millo.
Daimo, meu santo,
angu' os pes teña coxos
mancos os brazos.
Unha muller sin home...
;Santo bendito!
E corpiño sin alma,
festa sin trigo.
...San Antonio bendito,
dádeme un home,
aunque me mate
anque me esfolde.
Que zamb' ou trencos,
semp' é bó ter un home.
para un remedio. (2)

Otras veces, nos canta el amor de un noble y de una aldeana, mezclándolo a las diversas tradiciones celtas. En “N’ hay pear

meiga que unha gran pena”, recoge esta tradición, como se observa en la siguiente estrofa:

Ninguén soupo que d' amores
e que d' olvido morrera.
Uns dixeron qu' unha praga
con ela n' á tomba dera;
outros contaban que fora
d' abafada d' unha meiga...
Máis por ela ó conde fixo
hastra ó seu fin penitencia. (3)

Se ha dicho que el gallego siente el amor espiritual con más intensidad que nadie, hasta no dar cabida a ninguna otra forma de amor. Rosalía ha tratado el asunto en “Espantada, ó abismo vexo”:

¡Señor!... darésme castigo,
qu' ó meresco ben ó sei;
máis... condéname, Señor,
a sufrilo cabo d' él. (4)

En otros poemas se vale de la traición y olvido de alguno de los enamorados (tema muy socorrido en todas las literaturas). Así, en “Quíxente tanto meniña”, mezcla la queja de amor con la maldición:

¡Negro carabel maldito
que me fireu de delor!
Máis ó pasar po— lo río,
¡ó carabel afondou!
*Tan bó camiño ti leves
com' ó carabel lebou.* (5)

Era imposible que, viviendo en Padrón, Rosalía no se sintiera atraída por el género amoroso. No hay que olvidar, aparte el criterio más arriba expresado, que Padrón encerró en su alma los amores D' o Namorado Macías, magistralmente transmitidos por Juan Rodríguez de la Cámara. El amor es ya un tema tradicional en la poesía y en el sentimiento del pueblo gallego.

El amor a los suyos.

Al morir su madre, Rosalía le dedica unas poesías, lo mismo que, años más tarde, hará con la muerte de Adriano, su hijo menor.

En las poesías a la muerte de su madre se notan reminiscencias de Jorge Manrique y de Espronceda. Es, también, a partir de este momento en que empieza a notarse la influencia de Heine.

Rosalía, que no conoció a su padre, cifró todo su cariño en su madre, concentró en ella todo su amor filial, lo que explica la exaltación y el acento triste de estas poesías. Todas ellas fueron recogidas en un libro titulado *A mi madre*, del que hizo un tiraje de 50 ejemplares, numerados y dedicados a sus amigos.

Como toda obra de este tipo, los versos de *A mi madre* son elegíacos. Lo mismo sucede con los que escribe a la muerte de su hijo. Consta este libro de cuatro poesías: "Cuán triste pasan los días", "¡Ay! Cuando los hijos mueren", "Ya pasó la estación de los calores" y "De gemidos quejumbrosos".

En ninguno de estos poemas cae Rosalía en la vulgaridad. Por el contrario, su tono es delicado, sencillo y melancólico. Véase, por ejemplo, el primer poema:

Cuán tristes pasan los días... ,
cuán breves... , cuán largos son... ;
cómo van unos despacio
y otros con paso veloz!...
Mas siempre, cual vaga sombra,
atropellándose en pos,
ninguno de cuantos fueron,
un débil rastro dejó. (6)

De la segunda de sus poesías copiaremos la siguiente estrofa, en la que se nota la intensidad del cariño filial de nuestro poeta:

Yo tuve una dulce madre,
concedíamela el cielo
más tierna que la ternura,
más ángel que mi ángel bueno. (7)

En “Ya pasó la estación de los calores”, muestra un profundo desconsuelo y dolor:

Ya toda luz se oscureció en el cielo,
cubriéronse de luto las estrellas,
y de luto también se cubrió el suelo,
entre risas, gemidos y querellas. (8)

De la última poesía, “Gemidos quejumbrosos”, citaremos la siguiente estancia, en que Rosalía supone que la sombra de su madre vela por ella, lo que mitiga un poco su dolor:

En la solitaria puerta
no hay nadie... ¡Nadie me aguarda!
Ni el menor paso se siente
en las desiertas estancias.
Mas hay un lugar vacío
tras la cerrada ventana,
y un enlutado vestido
que cual desgajada rama
pende en la muda pared,
cubierto de blancas gasas.
No está mi casa desierta...
no está desierta mi estancia...
¡Madre mía..., madre mía! (9)

Este mismo sentimiento, debido a su fe católica, será el que le hará exclamar, en “Era apacible el día”, de *En las orillas del Sar*, dedicada a la muerte de su hijo:

¡Jamás! ¿Es verdad que todo
para siempre acabó ya?
No, no puede acabar lo que es eterno,
ni puede tener fin la inmensidad.
Algo ha quedado tuyo en mis entrañas
que no morirá jamás,
y que Dios, porque es justo y porque es bueno,
a desunir ya nunca volverá.

En el cielo, en la tierra, en lo insondable
yo te hallaré y me hallarás.
No, no puede acabar lo que es eterno,
ni puede tener fin la inmensidad. (10)

(1) Duro clavo me clavaste | con ese maldecir tuyo, | con ese tu pedir loco | que no sé que quieres de mí, | pues te dí cuanto dar pude, | avariciosa de ti.

Ob. cit., p. 17.

(2) Mi santo San Antonio, | dame un hombrecito, | aunque el tamaño tenga | de un grano de maíz. | Dámelo, mi santo, | aunque los pies tenga cojos | mancos los brazos. | Una mujer sin hombre... | ¡Santo bendito! | Es cuerpo sin alma, | fiesta sin trigo. | ...San Antonio bendito, | dame un hombre, | aunque memate, | aunque me despelleje. | Que zambo o tuerco, siempre es bueno tener un hombre | para un remedio.

Ob. cit., pp. 56-58.

(3) Ninguno supo que de amores | y que de olvido muriera. | Unos dijeron que una plaga | con ella en la tumba diera; | otros contaban que fuera del aliento de una bruja... | Pero por ella el conde hizo | hasta su fin penitencia.

Ob. cit., p. 248.

(4) ¡Señor!... me daréis castigo, | que lo merezco bien lo sé; pero... condéname, Señor, | a sufrirlo junto a él.

Ob. cit., p. 263.

(5) ¡Negro clavel maldito | que me hirió de dolor! | Más al pasar por el río, | ¡el clavel se hundió! | Tan buen camino tu llevas | como el que el clavel llevó.

Ob. cit., p. 47.

(6) *A mi madre*, en *Obras completas*, p. 483.

(7) *Ob. cit.*, p. 485.

(8) *Ob. cit.*, p. 487.

(9) *Ob. cit.*, p. 495.

(10) *Ob. cit.*, p. 386.

GALICIA EN SU OBRA.

El amor por su tierra, el paisaje.

Galicia constituye el tema principal en la obra de Rosalía de Castro. A ella dedicó la mayoría, quizá, de sus poemas. La sintió profundamente, por el cariño que el hijo siente por su tierra natal, por hacer suya la *morriña* de los gallegos desperdigados por el mundo y un poco, también, por reacción frente a la actitud contraria a los sentimientos del pueblo gallego, desgraciadamente tan extendida en aquella época, y a la que me referí en páginas anteriores.

Azorín advirtió ya, al enjuiciar la obra de nuestro poeta, que en su lírica, “hay un profundo sentido del ambiente y del paisaje de Galicia; pocos escritos reflejarán con tanta fidelidad un determinado medio”.

Rosalía canta a su tierra, enamorada, con esa extraña melancolía galaica. Su amor, arraigado en lo más profundo de sus entrañas, le dicta palabras de una gran sencillez, pero cargadas de la más honda emoción. Un claro ejemplo de ello lo tenemos en la siguiente estrofa:

Nesta terra tal encanto
se respira... Triste ou probe,
rico ou farto de querbanto,
¡s' encariña nela tanto
quen baix' ó seu ceu se crobe!... (1)
(“Como chove mihuidiño”)

En “¡Padrón!... ¡Padrón!...”, el poeta logra comunicarnos una infinita tristeza, con la mayor sencillez de verso. Basta la sola mención de unos pocos nombres de aldea para movernos hacia la más alta emoción estética:

¡Padrón!... ¡Padrón!...
Santa María... Lestrove...
¡Adios! ¡Adios!

Los más humildes rincones del agro gallego, las más leves huellas de la tradición popular, son suficientes para encender su musa y ofrecernos la delicia de sus sentidos poemas. Así canta Rosalía, por ejemplo, el cementerio de Adina, minúsculo puñado de tierra en donde anhelaba dormir su último sueño:

O cimiterio d' Adina
n' hay duda qu' é encantador,
c' os seus olivos escuros
de vella recordasón;
co seu chan d'herbas e frores
lindas cal n' outras deu Dios;
c' os seus canónegos vellos
que n' él se sentan ó sol;
c' os meniños qu' alí xogan
contentos e rebuldós;
c' os lousas brancas qu' os cruben,
e c'os húmedos montons
de terra, ond' algun-ha probe
o amanecer s' enterrou. (2)

(¡Padrón!... ¡Padrón!...)

Ningún escritor ha logrado describir, como Rosalía, el paisaje gallego, ni aprender, en él, el alma de su pueblo. En gallego o en castellano, Galicia, con sus hijos, sus costumbres, su clima, su paisaje todo, destila por cada una de las páginas de su obra poética. En "Nosa Señora da Barca" es una fiesta gallega la que canta:

¡Cánta xente... cánta xente
por campiñas e por veigas!
¡Cánta pó-lo mar abaixo
ven camiño da ribeira! (3).

La descripción de las mujeres de esa tierra es del más precioso lirismo:

As de muros, tan finiñas,
qu' un coidara que se creban,
c' aquelas caras de virxe,

c' aquelas caras de virxe,
c' aqueles cabelos longos
xuntados en longas trenzas,
c' aqueles cores rousados,
cal si á aurora llos puñera,
pois así son de soaves
com' aurora que comenza; . . . (4)

En la misma estancia describe el vestido femenino, para ofrecernos las delicias de todo el cuadro costumbrista:

. . . elas de negro se visten,
delgadiñas e lixeiras,
refaixo e mantelo negro,
zapato e media de seda,
negra chaqueta de raso,
mantilla da mesma peza,
con terciopelo adronado,
cánto enriva de sí levan;
filas de reinas parecen,
griegas estatuas semellan,
si a un rayo de sol poñente
repousadas se contemplan;
ricos panos de Manila,
brancos e cor de sireixa,
crúzanse sobre ó seu seyo
con pudorosa modestia;
e por antr' eles relosen,
como brillantes estrelas,
aderesos e collares
de diamantes e perlas,
pendentes de filigrana
e pechuguiñas de cera. (5)

Don Miguel de Unamuno, en *Por terras de Portugal y de España*, hace una descripción del paisaje gallego que nos recuerda, a veces, ciertos poemas de Rosalía. Dice así:

“Al primer golpe diríase una tierra juvenil, viéndola vestida de verdura y envuelta en frescor; pero no es así, sino tierra vieja, o madura y adulta si se quiere. Apenas se descubre, sino a muy largos trechos, las entradas berroqueñas de la tierra, ni la roca aflora el suelo. Aguas seculares han tenido tiempo de desgastar y pulir los desgarrones del terreno; las esquinosas sierras, tal como surgen de las roturas y levantamientos, se han ido hundiendo y desmoronando en montes terrosos y chatos, de contornos ondulantes y sinuosos, como de senos y caderas mujeriles”.

Compárense estas líneas del ilustre rector salamantino con la siguiente estrofa de “Cornes”. Aun cuando la forma es más rotunda en Unamuno, no por ello deja de haber, en nuestro poeta, la misma intuición femenina del paisaje, adornada, además, con un perfume campestre que la hace aventajar en delicadeza:

Antr' as pedras, alelixes,
antr' os toxos, campanillas,
por antr' os musgos, violas,
regos, por antr' as curtiñas,
río abaixo está ó moiño,
Compostela, río arriba . . .
Río arriba, ou río abaixo
todo é calma n' a campía. (6)

En el poema “Orillas del Sar” advertimos un dejo melancólico, que da contenido romántico al paisaje. Sin embargo, un verso —entre un mar de ondulante verdura— parece escapar al sentimiento de la época y anticiparse un poco a los paisajistas posteriores del impresionismo:

A través del fofllaje perenne
que oír deja rumores extraños,
y entre un mar de ondulante verdura,
amorosa mansión de los pájaros,
desde mis ventanas veo
el templo que quise tanto.
El templo que tanto quise . . . ,
pues no sé decir ya si le quiero,

que en el rudo vaivén que sin tregua
se agitan mis pensamientos,
dudo si el rencor adusto
vive unido al rencor en mi pecho (7).

El paisaje, en Rosalía, es crepuscular, como toda su poesía; está envuelto en esa paz y tristeza tan características de los pueblos que sueñan. En su poema a los pinos nos dice que

Los unos, altísimos;
los otros, menores,
con su eterno verdor y frescura,
que inspira a las almas
agrestes canciones,
mientras gime al rozar con las aguas
la brisa marina, de aromas salobres,
van en ondas subiendo hacia el cielo
los pinos del monte (8).

(Los unos, altísimos)

En "Los robles", el sentimiento del paisaje es plenamente crepuscular y añade al genio del siglo esa melancolía galaica que constituye uno de los elementos esenciales de la personalidad de nuestro poeta:

Arbol duro y altivo, que gustas
de escuchar el rumor del Océano
y gemir con la brisa marina
de la playa en el blanco desierto:
¡yo te amo!, y mi vista reposa
con placer en los tibios reflejos
que tu copa gallarda iluminan,
cuando audaz se destaca en el cielo
despidiendo la luz que agoniza,
saludando la estrella del véspero (9).

A veces, el paisaje cobra, en Rosalía, luz de amanecer y su visión es ya menos patética, más clara, como para infundir confianza al ánimo:

Pero tú, sacra encina del celta,
y tú, roble de ramas añosas,
sois más bellos con vuestro follaje
que si mayo las cumbres festona
salpicadas de fresco rocío
donde quiebra sus rayos la aurora,
y convierte los sotos profundos
en mansión de gloria ⁽¹⁰⁾.

(Los robles)

Pero el crepúsculo, generalmente, en la obra poética de Rosalía, es vespertino. Al morir el día, las sombras que van cubriendo el paisaje parecen invitar a la meditación, recoger el espíritu. ¡Qué amargos pensamientos suscita el Otoño, esa estación también crepuscular del año!

Moría el sol, y las marchitas hojas
de los robles, a impulso de la brisa,
en silenciosos y revueltos giros
sobre el fango caían,
¡ellas, que tan hermosas y tan puras
en el abril vinieran a la vida! ⁽¹¹⁾

(Moría el sol, y las marchitas hojas...)

Rosalía ama los nimios detalles del paisaje que permanecen ignorados. Al sacarlos del olvido, su alma vibra y se conmueve. Recordemos, por ejemplo, ese blanco camino que ha dado lugar a uno de sus más delicados poemas, con el que terminaremos este capítulo:

Camino blanco, viejo camino,
desigual, pedregoso y estrecho,
donde el eco apacible resuena
del arroyo que pasa bullendo
y en donde detiene su vuelo inconstante,
o el paso ligero,
de la fruta que brota en las zarzas
buscando el sabroso y agreste alimento,
el gorrión adusto,
los niños hambrientos,

las cabras monteses,
y el perro sin dueño...
Blanca senda; camino olvidado,
;bullicioso y alegre otro tiempo!
Del que solo y a pie, de la vida
va andando su larga jornada: más bello
y agradable a los ojos parece
cuanto más solitario y más yermo;
que al cruzar por la ruta espaciosa
donde lucen sus trenes soberbios
los dichosos del mundo, descalzo,
sudoroso y de polvo cubierto,
;qué extrañeza y profundo desvío
infunde en las almas el pobre viajero! (12)

(1) En esta tierra tal encanto | se respira... Triste o pobre, | rico o
lleno de quebrantos, | ;se encariña en ella tanto | quién bajo su cielo se
cubre!...

Ob. cit., p. 142.

(2) El cementerio de Adina | es, sin duda, encantador, | con sus olivos
oscuros | de vetusta evocación; con el suelo de hierba y flores | bellas, como
otras no hizo Dios; | con sus canónigos viejos que en él se sientan al sol; | con
los niños que allí juegan | contentos y revoltosos; | con la losas blancas que
los cubren, | y con los húmedos montones | de tierra, donde alguna pobre | al
amanecer se enterró.

Ob. cit., p. 238.

(3) ;Cuánta gente... cuánta gente | por campiñas y por vegas! | ;Cuán-
ta por el mar abajo | viene camino de la ribera!

Ob. cit., p. 31.

(4) Las de Muros tan finitas | que se creyera que se quiebran, | con
aquellas caras de virgen, | con aquellos ojos de almendra, | con aquellos cabellos
largos | unidos en largas trenzas, | cual si se los pusiera la aurora, | pues así
son de suaves | como el borear del día;...

Ob. cit. p. 32.

(5) Ellas de negro se visten, | delgaditas y ligeras, | refajo y mantelo
negro, | zapato y media de seda, | negra chaqueta de raso, | mantilla de la
misma pieza, | con terciopelo adornado, | cuanto encima de ellas llevan; | fi-
las de reinas parecen, | griegas estatuas semejan, | si a un rayo del sol po-
niente | reposadas se contemplan; | bellos mantones de Manila, | | blancos
y de color de cereza, | se cruzan sobre su seno | con pudorosa modestia; | y
por entre ellos relucen, | como brillantes estrellas, | aderezos y collares | de
diamantes y de perlas, | pendientes de filigrana | y pectorales de cera.

Ob. cit., pp. 32-33.

(6) Entre las piedras, alelles, | entre los tojos, campanillas, | por entre el musgo, violetas, | arroyos, por entre los prados, | río abajo está el molino, | Compostela, río arriba... | Río arriba, o río abajo, | todo está en paz en la campiña.

Ob. cit., p. 319.

(7) *Ob. cit.*, p. 379.

(8) *Ob. cit.*, pp. 384-385.

(9) *Ob. cit.*, p. 400.

(10) *Ob. cit.*, pp. 400-401.

(11) *Ob. cit.*, p. 391.

(12) *Ob. cit.*, p. 416.

LA "MORRIÑA" Y EL SENTIMIENTO DE LA MUERTE
EN ROSALÍA DE CASTRO

La *morriña* penetra, en Rosalía, hasta la médula de sus huesos.

¿Qué gallego, al campear por el mundo, no lleva la *morriña* prendida en el alma? Muy difícil es definir la *morriña*: es la nostalgia con algo más, la melancolía con ese no sé qué que los gallegos le añaden al recordar el terruño desde tierras extrañas. Es decir, quizá sea la melancolía, pero con un acento especial, con la música triste y misteriosa con que los gallegos cantan el vocablo: *malencunía*.

Cuéntase en la América del Sur que los gallegos no pueden desprenderse nunca de la *morriña*, que ésta les acompaña siempre como la sombra pegada al cuerpo; pero que basta que a sus oídos llegue el son de una gaita para que la sonrisa aflore a sus labios y la inquietud prenda en sus pies.

Rosalía enferma de *morriña* en Castilla, y en "Tristes recuerdos" nos describe la dolencia. ¿Qué ternura, qué infinita tristeza, qué amorosa nostalgia de Galicia despiertan en su espíritu los aires del *alalá* entrañable!

De pronto oin un cantar,
cantar que me conmoveu
hasta facerme acorar.

Era a gallega cansón,
era ó alalá. . . , que fixo
bater o meu corazón

con un extraño bater,
doce com' ó ben amar,
fero com' ó padecer.

De polvo e sudor cubertos
c' a fouce ó lombo, corrían
por aqueles campos desertos

un fato de segadores. . .
¡Y eran eles, eran eles,
os meigos d'os cantadores!

¡Adios, pinares queimados!
¡Adios abrasadas terras
e cómaros desolados!

Pechei os ollos e vin. . .
Vin fontes, prados e veigas
tendidas ó pe de min.

Máis cand' a abrilos tornei,
morrendo de soidades,
toda a chorar me matei.

E non parei de chorar
nunca hastra que de Castela
houbéronme de levar.

Leváronme para n' ela,
non me teren qu' enterrar. (1)

Esta *soidade*, que no es más que la *morriña*, es la que la hará lanzar al viento aquella canción bellísima, quizá la más conocida de Rosalía, que las mujeres gallegas acarician con sus labios, con el fervor de una oración:

*Airiños, airiños aires,
airiños d' a miña terra;
airiños, airiños aires,
airiños, leváime á ela.*

Sin ela vivir non podo,
non podo vivir contenta,
qu' adonde queira que vaya
cróbeme unha sombra espesa. (2)

Añade, luego, con amarga desesperanza:

Leváime, leváime airiños,
leváime adonde me esperan
unha nai que por min chora,
un pai que sin min no alenta,
un irmán por quen daría
a sangue d' as miñas venas,
e un amoriño a quen alma
e vida lle prometera; (4)

y sueño con la idea de regresar a la tierra:

¡ay, quen fora paxariño
de leves alas lixeiras!
¡ay, con qué prisa voara
toliña de tan contenta,
para cantar a alvorada
nos campos da miña terra! (5)

La *morriña* se va metiendo más y más dentro de su alma, hasta hacerla exclamar:

...inda despois de mortaña,
airiños da miña terra,
eivos de berrar: ¡Airiños,
airiños leváime a ela! (6)

Además de este poema, que, como he dicho, es el más conocido, Rosalía compuso otros, impregnados del mismo aire melancólico. En "Pra Habana", por ejemplo, canta la tristeza de la emigración, de los matrimonios desgarrados por el mar. Su última estrofa, sobre todo, resume el dolor de la tragedia:

Este vaise e aquél vaise,
e todos todos se van;
Galicia sin homes quedas
que te poidan traballar.
Tes, en cambio, orfos e orfas
e campos de soledad,

e nais que non teñen fillos
e fillos que non teñen pais.
E tes corazóns que sufren
longas ausencias mortás,
viudas de vivos e mortos
que ninguén consolará. (7)

En toda su poesía deja una profunda huella esta tristeza, que se irá agudizando a medida que pasen los años. En *En las orillas del Sar*, dejará en cada página un poco de ella, quizá con la esperanza de deshacerse de su dolor, como se descarga el corazón al contar las penas al confidente.

Cuando se leen estas poesías se experimenta una sensación extraña: Rosalía une los fenómenos del mundo exterior con los de su mundo interno, con sus estados de ánimo. Así, el otoño de “Cuando recuerdo del ancho bosque...”, es el pretexto para descubrirnos sus sentimientos más íntimos, las penas que acongojan su alma:

Cuando recuerdo del ancho bosque
el mar dorado
de hojas marchitas, que en el otoño
agita el viento con sople blando,
tan honda angustia nubla mi alma,
turba mi pecho,
que me pregunto: ¿Por qué tan terca,
tan fiel memoria me ha dañado el Cielo? (8)

Esta sensación de tristeza, de melancolía, de misteriosa vaguedad que Rosalía introduce en su literatura, es el alma misma de Galicia. El sentimiento difuso de la muerte, unido a un recuerdo imborrable, que no han logrado descifrar sus biógrafos, hará exclamar a nuestra poetisa:

Cando penso que te fuches,
negra sombra que m' asombras,
ó pe d' os meus cabezales
tornas facéndome mofa.

... En todo estás e ti es todo,
pra min y en mi mismo moras,
nin me abandonarás nunca,
sombra que sempre m' asombras. (9)
(Cando penso que te fuches...)

Este sentimiento de la muerte es resultado de un cruce entre las supersticiones paganas de los celtas y las creencias religiosas del mundo latino. Es, desde luego, distinto del sentimiento romántico que conduce a la desesperación y a la renuncia total; Rosalía ansía la paz, pero duda alcanzarla en la vida o en la muerte. Veamos, por ejemplo, la siguiente estrofa de "Paz, paz deseada":

Paz, paz, deseada
pra min, ¿ónde está?
Quixáis n' hey de tela...
¡N' a tiben xamás! (10)

Este sentimiento recoge la actitud del pueblo gallego frente a la muerte, y tiene un gran parecido a la *saudade* portuguesa.

Esta concepción de la muerte parte, en la poesía gallega, de Rosalía, se continúa con Curros Enríquez, Añón y la condesa de Pardo Bazán y alcanza su clímax en la obra del Señor de la Puebla del Caramiñal, don Ramón María del Valle Inclán.

(1) De pronto oí un cantar, | cantar que me conmovió | hasta hacerme alegrar. | Era la gallega canción, | era el alalá!... que hizo | latir mi corazón con un extraño latir, | dulce como el bien amar, | fiero como el padecer. | De polvo y sudor cubiertos | con la hoz al hombro, corrian | por aquellos campos desiertos | un grupo de segadores... | Y eran ellos, eran ellos, | los brujos de los cantadores! | ¡Adiós pinares quemados! | ¡Adiós abrasadas tierras | y cercados desolados! | Cerré los ojos y ví... | Ví fuentes, prados y vegas | tendidas al pie de mí. | Mas cuando a abrirlos torné | muriendo de soledad | toda a llorar me maté. | Y nunca paré de llorar | hasta que de Castilla | me tuvieron que sacar. | Me llevaron para en ella | no tenerme que enterrar.

Ob. cit., p. 275.

(2) Airecillos, airecillos, aires, | airecillos de mi tierra; | airecillos, airecillos, aires, | airecillos llevadme a ella. | Sin ella vivir no puedo, | no puedo vivir contenta, | que adonde quiera que vaya | me cubre una sombra negra.

(4) Llevadme, llevadme airecillos, | llevadme a donde me esperan | una madre que por mi llora, | un padre que por mi no alienta, | un hermano por

quien daría | la sangre de todas mis venas, | y un amorcillo a quien alma | y vida le prometiera.

(5) ¡Ay, quién fuera pajarito | de leves alas ligeras! | ¡ay, con qué prisa volara | loquita de tan contenta, | para cantar la alborada | en los campos de mi tierra!

(6) ...aun después de muerta, | aires de mi tierra, | os he de gritar: ¡airecillos | airecillos, llevadme a ella!

Ob. cit., pp. 67-69.

(7) Este se va, y aquél se va, | y todos, todos se van; | Galicia sin hombres quedas | que te puedan trabajar. | Tienes, en cambio, muchos huérfanos, | y campos de soledad, | y madres que no tienen hijos | e hijos que no tienen padres. | Y tienes corazones que sufren | largas ausencias mortales, | viudas de vivos y muertos | que nadie consolará.

Ob. cit., p. 328.

(8) *Ob. cit.*, p. 403.

(9) Cuando pienso que te fuiste, | negra sombra que me asombras, | al pie de mi cabecera | tornas haciéndome mofa. | En todo estás y tú lo eres todo, | para mí y en mí mismo moras, | que nunca me abandonarás, | sombra que tanto me asombras.

Ob. cit., p. 228.

(10) Paz, paz deseada | para mí, ¿en dónde está? | Quizá no he de tenerla... | ¡Ni la tuve jamás!

Ob. cit., p. 205.

VII

LA RENOVACION METRICA.—ROSALIA PRECURSORA Y MODERNISTA

La obra poética de Rosalía de Castro chocó profundamente con la de su época, por varias causas. Era, entonces, la poesía en boga, ampulosa, sonora, declamatoria, en tanto que la de Rosalía nos deja una impresión de suavidad, de dulzura, de sentimentalismo íntimo y efusivo, de luminosidad ténue y apagada. Es una poesía sencilla, hecha para leer y saborear en reposada solitud. Rompía, además, con todos los moldes románticos entonces conocidos, al combinar viejas formas e introducir metros nuevos. La renovación introducida por Rosalía responde, en parte, a su gran sentido musical, derivado del conocimiento de este arte, y a la gran facilidad para versificar, que la ponía en condiciones admirables para hacer las combinaciones métricas más diversas.

Así, por ejemplo, en el poema que sigue encontramos, mezclados felizmente, el endecasílabo con el verso de ocho sílabas:

¡Otra vez! Tras la lucha que rinde
y la incertidumbre amarga
del viajero que errante no sabe
dónde dormirá mañana,
en sus lares primitivos
halla un breve descanso mi alma,

Algo tiene este blando reposo
de sombrío y de halagüeño,
cual lo tiene en la noche callada
de un ser amado el recuerdo,
que de negras traiciones y dichas
inmensas nos habla a un tiempo. (¹)

(Orillas del Sar)

En *En las orillas del Sar* encontramos frecuentemente esta misma combinación. En aquel entonces, sólo estaba permitida la combinación del octosílabo con los versos de seis o de doce sílabas.

Narciso Campillo y Correa, en su *Retórica y Poética o Literatura Preceptiva*, dice que, en castellano, “se han escrito versos de quince y dieciséis sílabas, suponiendo que merezcan llamarse versos combinaciones tan inarmónicas. (...) Los de nueve, rarísimos en nuestra literatura, carecen de cadencia fija y son ingratos al oído”.

Rosalía, pese a la opinión contraria del profesor Campillo, ha compuesto poemas preciosos, extraordinariamente musicales, con versos de dieciséis y de nueve sílabas, estos últimos aislados, o en tiradas de dieciocho. Los primeros tienen todo el sabor de las combinaciones métricas de los poetas de nuestros tiempos. Veamos, como ejemplo, una estancia de “Los que a través de sus lágrimas...”

¡Pensamientos de alas negras!, huid, huid azorados,
como bandadas de cuervos por la tormenta acosados,
o como abejas salvajes en quien el fuego hizo presa;
dejad que amanezca el día de resplandores benditos,
en cuya luz se presienten los placeres infinitos...
¡Y huid con vuestra perenne sombra que en el alma pesa!

¡Pensamientos de alas blancas! Ni gimamos ni roguemos
como un tiempo, y en los mundos luminosos penetremos,
en donde nunca resuena la débil voz del caído,
en donde el dorado sueño para en realidad segura,
y de la humana flaqueza sobre la inmensa amargura,
y sobre el amor que mata, sus alas tiende el olvido.

Ni el recuerdo que atormenta como horrible pesadilla,
ni la pobreza que abate, ni la miseria que humilla,
ni de la injusticia el látigo, que al herir mancha y condena;
ni la envidia y la calumnia, más que el fuego asoladoras,
existe para el que siente que se deslizan sus horas
del contento y la abundancia por la corriente serena. (2)

El siguiente poema, también de dieciséis, es de un lirismo profundamente subjetivo y encantador:

Dicen que no hablan las plantas, ni las fuentes, ni los pájaros,
ni el onda con sus rumores, ni con su brillo los astros.

Lo dicen; pero no es cierto, pues siempre, cuando yo paso,
de mi murmuran y exclaman:

—Ahi va la loca soñando

con la eterna primavera de la vida y de los campos,
y ya bien pronto, bien pronto, tendrá los cabellos canos,
y ve temblando, aterida, que cubre la escarcha el prado.

—Hay canas en mi cabeza; hay en los prados escarcha;
mas yo prosigo soñando, pobre, incurable somnámbula,
con la eterna primavera de la vida que se apaga
y la perenne frescura de los campos y las almas,
aunque los unos se agostan y aunque las otras se abrasan.
¡Astros y fuentes y flores!, no murmuréis de mis sueños:
sin ellos, ¿como admiraros ni como vivir sin ellos? (3)

Con versos de dieciocho sílabas compuso, Rosalía, entre otros,
el siguiente poema:

Su ciega y loca fantasía corrió arrastrada por el vértigo,
tal como arrastra las arenas el huracán en el desierto.
Y cual halcón que cae herido en la laguna pestilente,
cayó en el cieno de la vida, rotas las alas para siempre. (4)

Está bien claro, a mi parecer, que, a pesar de Narciso Campillo,
no se puede negar belleza a la métrica con pie de dieciséis y de die-
ciocho sílabas. Todo depende, en todo caso, de que quien lo utilicé
sea o no poeta.

Rosalía es precursora, no sólo por haber roto con los moldes
del romanticismo, ni por la forma en que emplea el verso de die-
ciséis sílabas, análoga a la de poetas posteriores, sino, también, por
su cariño al mar y por su forma de manejar el alejandrino más
desenvuelta que la de otros contemporáneos.

En algunas de estas formas se anticipa al modernismo, a pe-
sar de que en algunos poemas conserva algunos vestigios de cons-
trucción romántica, de tal forma que, si no se encuentran en Ru-
bén Darío o en José Asunción Silva, están, desde luego, presentes
en Gutiérrez Nájera. Esta presencia podemos claramente advertirla
en su poema “Del mar azul las transparentes olas...”:

Del mar azul las transparentes olas
mientras, blandas, murmuran
sobre la arena, hasta mis pies rodando,
tentadoras, me besan y me buscan.

Inquietas, lamen de mi planta el borde;
lánzanme, airosas, su nevada espuma,
y pienso que me llaman, que me atraen
hacia sus alas húmedas.

Mas cuando, ansiosa, quiero
seguirlas por la líquida llanura,
se hunde mi pie en la linfa transparente
y ellas de mí se burlan.

Y huyen, abandonándome en la playa
a la terrena, inacabable lucha,
como en las tristes playas de la vida
me abandonó, inconstante, la fortuna. (5)

La construcción —*del mar azul las transparentes olas*— recuerda a Góngora, fuente de casi todos los poetas modernos de nuestra lengua. Los modernistas, menos barrocos, quizá hubieran construido el verso en forma más lógica: *las transparentes olas del mar azul*.

También aparece como precursora, Rosalía, por la sencillez del verso en una época en que lo más corriente era el cincelado, la grandilocuencia. Precisamente es a partir de la escuela modernista, y sobre todo desde Rubén Darío, que la poesía huye de la complicación verbal para refugiarse en la sencillez melódica. Rosalía *hablaba*, simplemente, al componer sus versos.

En algunos poemas, Rosalía nos deja un sabor prerubéniano, sin que tenga que envidiarle nada al gran bardo nicaragüense. Veamos, por ejemplo, el siguiente fragmento de “Regina”:

Cual hija del mar, salada,
nacida entre las espumas,
se ocultaba entre las brumas
de una ribera ignorada.
Y allí, cual ninfa encantada,

suelta la melena undosa,
tan liviana como hermosa,
tras de las ondas corría
y en ellas humedecía
sus pies de color de rosa. (6)

Como puede observarse, tanto en esta poesía como en la anterior —así como en otras muchas— nuestro poeta toma su inspiración del mar. Es oportuno recordar que los temas marinos surgen, con personalidad propia, con el modernismo, lo que aconseja enfocar la obra poética de Rosalía como la de un poeta, si no claramente modernista, sí premodernista y, en todo caso, romántico con una gran personalidad, nueva y arrebatadora.

Además de estos poemas, la flexibilidad con que Rosalía manejó el alejandrino desatándole las ligaduras con que lo domeñó Zorrilla y haciéndole apto para toda sensación y matiz, la sitúa plenamente como un preclaro anticipo del movimiento modernista.

La sencillez, innata en ella, y la intensidad musical de su alma, de que nos habla Murguía, nos recuerdan el famoso manifiesto poético de Verlaine:

La música antes que todo.

A esta concepción musical se deben, esencialmente, todas las aportaciones que la lírica española debe a Rosalía de Castro.

Enrique Díez-Canedo, en su ensayo *Una precursora*, (7), dice:

“Leed estas estancias, que pueden compararse por la técnica y aun por el pensamiento a algunas de Rubén Darío en *Cantos de vida y esperanza*; que pueden competir con las mismas *Stances*, de Juan Moreas, creación de las más puras y perfectas en la poesía moderna francesa contemporánea:

De la vida entre el múltiple conjunto de los seres,
No, no busquéis la imagen de la eterna belleza,
Ni en el contento y harto seno de los placeres,
Ni del dolor acervo en la dura aspereza.

Ya es átomo impalpable o inmensidad que asombra;
Aspiración celeste, revelación callada;
La comprende el espíritu y el labio no la nombra,
Y en sus hondos abismos la mente se anonada.

Esta imagen de la eterna belleza es la que buscó siempre, la que vislumbró a ratos la excelsa Rosalía”.

Rosalía puso en práctica, aun antes de su nacimiento, la tan conocida frase de Verlaine: *Prends l'éloquence et tors-lui son cou*, que más tarde haría suya el modernismo. Este agarrar la elocuencia y retorcerle el pescuezo era algo así como ejecutar a los poetas de su tiempo. No hay duda, pues, de que tras la indiferencia y tras la hostilidad con que la gran escritora gallega fué recibida en los medios literarios, se enconde el afán de persistir, el temor de desaparecer, de unas concepciones poéticas ya en agonía.

(1) *En las orillas del Sar*, en *Obras completas*, p. 330.

(2) *Ob. cit.*, p. 448.

(3) *Ob. cit.*, p. 443.

(4) *Ob. cit.*, p. 423.

(5) *Ob. cit.*, p. 445.

(6) *Poesía varia*, en *Obras completas*, p. 1415.

(7) *E. DIEZ - CANEDO, Una precursora, en Obras completas de Rosalía de Castro*. Páez, Madrid, sin fecha. III, p. 227 y ss.

RENACIMIENTO DE LA POESÍA GALLEGA —ROSALÍA Y LA CRÍTICA: LA GENERACION DEL 98.—INFLUENCIA DE SU OBRA EN LOS POETAS CONTEMPORANEOS: VALLE INCLAN, GARCÍA LORCA, DIEZ - CANEDO.

La poesía gallega sufría una invernada tremenda, que la tenía sumida en una profunda oscuridad, hasta la llegada de Rosalía de Castro.

Con Rosalía empieza la gran renovación de la literatura vernácula, que prosigue con Curros Enríquez, Labarta Pose, Pondal y un sinfín de escritores y poetas diseminados por Galicia, que se encargan de mantener encendida la llama poética de su tierra.

Rosalía debió su fama, en vida, a su producción gallega, conocida en los más apartados rincones del orbe, sobre todo en la América hispánica, en donde goza de un claro prestigio, que pocos poetas han logrado igualar.

No sucede lo mismo con el resto de su producción. Las poesías castellanas de Rosalía de Castro tropezaron con la indiferencia y la incomprensión de los críticos y escritores de la época, y aun de épocas posteriores. Núñez de Arce, por ejemplo, más versificador que poeta, llamó a sus poesías “suspirillos germánicos”; y don Juan Valera, en su antología *Sortilegio de poesías del siglo XIX*, incurrió en emperdonable omisión al excluir sus poemas. Citóla, sin embargo, como destacado poeta.

Las primeras antologías en que figuran sus poemas son de autores gallegos. La más antigua, que yo sepa, es la de L. Saralegui y Medina, que llevó por título *Galicia y sus poetas* (Ferrol, 1886), y que contiene cinco de sus poesías. La *Literatura Gallega* de Eugenio Carré Aldao, publicada por la editorial Maucci (Barcelona, 1911), incluye, además de un interesante estudio crítico, “¡Padrón!. . . ¡Padrón!. . .”, “No ceo, azul crarísimo” y “Adios ríos, adios fontes”.

Poco después, la crítica extranjera empieza a hacer justicia a nuestro poeta, por consejo, ello es cierto, de José Martínez Ruiz,

Azorín, gran admirador de Rosalía, y su nombre rebosa los ámbitos de habla española en la selección *Oxford book of spanish verse* (Oxford, 1913), publicada bajo los cuidados de Fitzmaurice-Kelly.

Azorín es el primer gran crítico español que comprende a Rosalía y que trata de arrancarla del olvido. A él debemos, principalmente, y con él a la “generación del 98”, la resurrección poética de nuestra ilustre escritora. Dice del poeta, *Azorín*: (1).

“El silencio le rodeaba impenetrablemente. Y este poeta tenía lo que *únicamente* hace los grandes poetas: emoción y ternura. Ni en la antología formada por Valera (en la que figuran doña Antonia Díaz de Laharque, doña Josefa Ugarte Barrientos, doña Carolina Valencia, etc.), ni en la de Menéndez y Pelayo —*Las cien mejores poesías*—, ni en la lista de las omisiones que Valbuena señala a Menéndez y Pelayo figura Rosalía. Una vez estampa Valera el nombre del gran poeta y véase como lo hace:

Escribiendo en prosa simultánea o sucesivamente han adquirido fama, a veces clara, extensa y durable, doña Pilar Sinués, doña Angela Grassi, doña Rosalía de Castro, doña Concepción Gimeno de Flaquer y muchas otras... Así dice Valera en la introducción a su antología. La primera vez que nuestro poeta ha entrado en esta selectas colecciones ha sido conducido por la mano, no de un español, sino de un extranjero. La primera antología en que figura Rosalía es la formada por Fitzmaurice-Kelly —*Oxford book of spanish verse*— y publicada, para usos universitarios, en Oxford en 1913”.

Este desconocimiento de la obra poética de Rosalía por la crítica de entonces se debió a varias circunstancias, que ya hemos señalado en otras partes de esta tesis, tales como rompimiento de moldes románticos, mayor libertad de versificación, introducción de un nuevo ambiente poético melodioso, ténue, vago; en fin, intento de creación de nuevos cauces que habrían de conducir, más tarde, al modernismo.

Si exceptuamos algunos escritores de la época, entre ellos Rodríguez Marín y Pastor Díaz, para los que nuestro poeta no pasó inadvertido, la poesía de Rosalía fué recibida con indiferencia, y

(1) AZORIN - Galicia, en *El paisaje de España visto por los españoles*, 2ª Ed., Espasa Calpe (Austral), Buenos Aires, 1943, p. 28.

en el mejor de los casos, como producto de una mente en exceso audaz.

Cuando, al transcurrir el tiempo, España sufre una serie de transformaciones —pérdidas de las últimas colonias y otros desastres nacionales—, surge un nuevo movimiento literario peninsular: una nueva generación se abre paso, unida por el deseo de protestar contra lo establecido, contra todo lo que ha conducido a la hectacombe, y de levantar a España sobre sus ruinas, aprovechando sus más sólidos valores. Esta generación, que será conocida en el mundo de las letras con el nombre de “generación del 98”, forja una nueva corriente literaria que recoge sus inquietudes. Esta generación coincide, en el tiempo, con el mensaje poético que América manda a España bajo la figura del gran nicaragüense, Rubén Darío.

Fueron los prohombres de la generación noventiochista quienes empezaron a conocer, propiamente, la obra de Rosalía de Castro y quienes aventaron por el mundo hispánico su semilla poética.

Unamuno, *Azorín* Díez - Canedo, etc., leen con cariño a Rosalía y despiertan interés hacia su obra por medio de artículos de prensa y de ensayos; Valle - Inclán, Juan Ramón Jiménez, García Lorca y otros, escriben bajo su inspiración y le dedican algunos de sus trabajos poéticos.

Puede decirse que la fama de Rosalía parte del “98” y que, gracias a los hombres de esta generación, los pueblos de habla española han podido sentir plenamente la emoción, la ternura y ese vago temblor que palpita en cada una de las páginas creadas por nuestro exquisito poeta.

Azorín, al referirse al sentimiento difuso de la muerte, que nuestro poeta ha heredado de la tradición celta, condensa en unas palabras de Rosalía el extraordinario desarrollo que dicho sentimiento adquirió en la obra de Valle - Inclán. Dice así, el escritor levantino ⁽¹⁾:

“La misma tarde de nuestra llegada a la Coruña, en el crepúsculo —un crepúsculo gris—, cuando volvíamos de contemplar el mar desde la Torre de Hércules, vimos al pasar frente al camposanto, una fila de viejecitas y viejecitos, que estaban sentados en la puerta. Ha-

(1) *AZORIN*, *ob. cit.* p. 33 y SS.

bía —para nosotros— una íntima y escondida relación entre la vaguedad de la luz, la visión de un mar inmenso y fosco, el sentimiento de la muerte y todos esos viejecitos allí sentados, silenciosos e inmóviles. “*¡Teño medo d’ un-ha cousa que vive e que non se ve!*” —exclamaba Rosalía—. Y la originalidad, la honda, la fuerte originalidad de Valle -Inclán consiste en haber traído al arte esta sensación de la Galicia triste y trágica, este *algo que vive y que no se ve*, esta difusa aprensión por la muerte, este siniestro presentir de la tragedia que se avecina, esta vaguedad, este misterio de los palacios centenarios y de las abrupta soledades. *¡Teño medo d’ un-ha cousa que vive e que non se ve!* Toda la obra de Valle -Inclán está ya condensada en esta frase de Rosalía. *Non se ve...* No se ve el dolor que nos acerca; no se ve el drama que está suspenso en el aire; no se ve la muerte, la escondida e inexplorable muerte, que nos anuncia el peregrino que llega a nuestra puerta, como en el siglo XIII, o el can que aúlla lastimeramente en la noche.”

Pero aun hay más sobre la influencia de Rosalía en don Ramón María del Valle -Inclán: es ella quién le lleva a refugiarse en su tiempo, mejor dicho, a “regresar” a su terruño. Mientras todos los escritores de su generación giraban alrededor de Castilla, en torno a la tierra del Cid y de Alvar Fáñez, don Ramón, “el de las barbas de chivo”, como cariñosamente le llamó Rubén, tiene por centro de su inspiración, en su última y mejor época, a Galicia, a la que siente con todo el arrobo de un buen gallego; a esa misma Galicia que le confirmará para siempre con su título, aristocrático y popular a la vez, de Señor de la Puebla del Caramiñal.

Las generaciones posteriores a la del “98” siguen admirando a Rosalía. Enrique Díez-Canedo, además del interesante estudio que, en su juventud, hizo sobre *En las orillas del Sar*, titulado *Una precursora*, incluye uno de sus poemas —“Las campanas”— en su antología *Las cien mejores poesías españolas* (Ed. Nuestro Pueblo, México, 1940).

Federico García Lorca amó, más que nadie, la obra poética de Rosalía. Su extraordinaria sensibilidad encontró su gemelo en el temperamento delicado y musical de nuestro poeta. Federico llegó a recrear a Rosalía en seis poesías gallegas. Ningún epílogo mejor

para mi modesto trabajo que uno de estos poemas en que el gran poeta andaluz envía su mensaje de amor al gran poeta de Galicia:

*¡Erguete miña amiga
que xa cantan os galos do día!
¡Erguete miña amada
porque o vento muxe, como unha vaca!*

Os arados van e ven
dende Santiago a Belén.
Dende Belén a Santiago
un anxo ven en un barco.
Un barco de prata fina
que trai a door de Galicia.
Galicia deitada e queda
transida de tristes herbas.
Herbas que cobren téu leito
e a negra fonte dos teus cabelos.
Cabelos que van ao mar
onde as nubens teñen seu nídio pombal.

*¡Erguete miña amiga
que xa cantan os galos do día!
¡Erguete miña amada
porque o vento muxe, como unha vaca!*

(Canzón de cuna pra Rosalía de Castro, morta).

BIBLIOGRAFIA GENERAL

- ALONSO CORTES, NARCISO.—*Preceptiva literaria*. Artes Gráficas Afrodísio Aguado, Valladolid, 1943.
- AZORIN.—*Clásicos y modernos*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1943.
- AZORIN.—*El paisaje de España visto por los españoles*. Espasa - Calpe (Austral), Buenos Aires, 1943.
- BAL y GAY.—*El concepto de la honra en la lírica popular gallega*, en "Retablo Hispánico", Editorial Clavileño, México, 1946.
- BARCIA CABALLERO, J.—*En las orillas del Sar. Poesías por Rosalía Castro de Murguía*. Santiago, 1885. Tomo III, de *Obras completas de Rosalía de Castro*, editorial Páez, Madrid, sin fecha.
- BECQUER, GUSTAVO ADOLFO.—*Obras completas*. Editorial Normi, México, 1940.
- CAMPILLO Y CORREA, NARCISO.—*Retórica y poética o literatura preceptiva*. Editorial Hernando, Madrid, 1928 (2a. ed.).
- CARNES, LUISA.—*Rosalía de Castro. Raíz apasionada de Galicia*. Ediciones Rex, México, 1946.
- CARNES, LUISA.—*Rosalía de Castro*, en "Retablo Hispánico", editorial Clavileño, México, 1946.
- CARRE ALDAO, EUGENIO.—*Literatura gallega*. Editorial Maucci, Barcelona, 1911 (2a. ed.).
- CASAS, ALVARO DE LAS.—*Antología de la lírica gallega*. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, Madrid, sin fecha.
- CASTRO, ROSALIA DE.—*Obras completas*. Editorial Aguilar, Madrid, 1944.
- CASTRO, ROSALIA DE.—*Obras completas*. Editorial Páez, Madrid, sin fecha.
- CASTRO, ROSALIA DE.—*Obra poética*. Espasa - Calpe, Buenos Aires, 1942.
- CASTRO, ROSALIA DE.—*Obra poética*. Espasa - Calpe (Austral), Buenos Aires, 1942.
- CASTRO, ROSALIA DE.—*Beside the river Sar*. Berkeley, University of California Press, 1937.
- CORTINA, AUGUSTO.—*Rosalía de Castro y su obra poética*, Vigo - Madrid, 1929. Reproducido en el prólogo de *Obra poética de Rosalía de Castro*, Espasa - Calpe (Austral), Buenos Aires, 1942.
- CURROS ENRIQUEZ, MANUEL.—*Obras completas*. Editorial Hernando, Madrid, 1943.
- CHAVAS, JUAN.—*Ausencia y presencia de Galicia*, Revista de Occidente, Imprenta Universitaria, Tomo XIV.
- DIAZ - PLAJA, FERNANDO.—*La vida española en el siglo XVIII*. Editorial Alberto Martín, Barcelona, 1946.
- DIEZ - CANEDO, E.—*Las cien mejores poesías españolas*. Editorial Nuestro Pueblo, México, 1940.
- DIEZ - CANEDO, E.—*Una precursora*. Madrid, 1908. Reproducida en el tomo III de *Obras completas*, de la editorial Paez, Madrid, sin fecha.

- ESCARPIT, R. G.—*Literatura francesa*. Fondo de Cultura Económica (Breviarios), México, 1948.
- FARINELLI, ARTURO.—*El romanticismo en Alemania*. Editorial Argos, Buenos Aires, 1948. (2a. ed.).
- FITZMAURICE - KELLY, JAIME.—*Historia de la literatura española*. Ediciones Anaconda, Buenos Aires, 1942. (5a. ed.).
- GARCIA MARTI VICTORIANO.—*Rosalía de Castro o el dolor de vivir*. Ediciones Aspas, Madrid, 1944.
- GARCIA LORCA, FEDERICO.—*Obras completas*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1940 (2a. ed.).
- GONZALES BESADA, AUGUSTO.—*Rosalía de Castro. Notas biográficas*. Biblioteca Hispania, Madrid, 1916. Discurso de su ingreso en la Real Academia Española.
- KABLUND.—*Historia de la literatura*. Editorial Labor, Barcelona, 1937.
- LLORENTE, T.—*Poetas franceses ilustres del siglo XIX*. Montaner y Simón, editores, Barcelona, 1906.
- MANRIQUE, JORGE.—*Obras completas*. Espasa - Calpe (Austral), Buenos Aires, 1940.
- MARQUES DE SANTILLANA.—*Canciones, decires y serranillas*, Ediciones Molino (Literatura Clásica), Buenos Aires, 1940.
- MARTINEZ MURGUIA, MANUEL.—*Rosalía Castro*, Reproducido en el tomo III, de las *Obras completas de Rosalía de Castro*, editorial Páez, Madrid, sin fecha (Prólogo).
- MC CLELLAND, I. L.—*Béquer, Rubén Darío y Rosalía de Castro*, Bulletin of Spanish, XVI, 63-68, Liverpool, 1939.
- MENENDEZ PIDAL, R.—*Poesía juglaresca y juglares*. Espasa - Calpe (Austral), Buenos Aires, 1942.
- MILA Y FONTANALS.—*Obras completas*, Barcelona, 1905.
- MONTOLIU, MANUEL.—*Historia de la literatura española*. Editorial Cervantes, Barcelona, 1930. (2a. ed.).
- PEREZ BALLESTEROS, JOSE.—*Cancionero popular gallego*. Colección Dorna, Buenos Aires, 1944.
- PICON, OCTAVIO.—*Rosalía de Castro*. Biblioteca Hispania, Madrid, 1916. Discurso contestando al de ingreso a la Real Academia Española de don Augusto González Besada.
- UNAMUNO, MIGUEL DE.—*Andanzas y visiones españolas*. Espasa - Calpe (Austral), Buenos Aires, 1941. (2a. ed.).
- UNAMUNO, MIGUEL DE.—*Por tierras de Portugal y de España*. Espasa - Calpe (Austral), Buenos Aires, 1941.
- VALBUENA PRAT, A.—*Historia de la literatura española*. Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1946.
- VERLAINE, PAUL.—*Poemas saturnianos*. Edición Cultura, México, 1922.

I N D I C E

Santiago: nacimiento romántico...	5
Padrón: influencias célticas...	7
Primeros versos...	10
Rasgos políticos de la época...	15
Rasgos literarios de la época...	18
Aurelio Aguirre...	20
Manuel Murguía...	21
Casamiento de Rosalía...	22
Bécquer, Heine y Rosalía...	25
Muerte de Rosalía... .. .	26
Traslado de sus restos... .. .	29
Su obra: Rosalía, escritora bilingüe...	33
Poesía y prosa...	35
Bibliografía...	35
Clasificación por temas...	37
La producción poética de Rosalía...	39
El romanticismo en la obra de Rosalía...	41
Poesía popular...	47
El humorismo en Rosalía...	49
La ironía en dos de sus composiciones: "Castellanos de Castilla" y "Castellana de Castilla"... .. .	53
El amor: el sentimiento amoroso...	59
El amor a los suyos...	62
Galicia en su obra: El amor por su tierra, el paisaje...	65
La <i>morriña</i> y el sentimiento de la muerte en Rosalía de Castro...	73
La renovación métrica.—Rosalía precursora y modernista...	79
Renacimiento de la poesía gallega.—Rosalía y la crítica: la generación del 98.—Influencia de su obra en los poetas contemporáneos: Valle-Inclán, García Lorca, Díez-Canedo... .. .	85
Bibliografía General... .. .	91